



Este dibujo está copiado del privilegio de donacion de Alfonso el Cisto, que existe en la catedral de Oviedo.

25 de Setiembre de 1849.

TOMO VII. 25

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

ALFONSO EL CASTO.

«Durante un reinado de 32 años, vivió sobrio, casto, sin mancha, pio, glorioso, amado de Dios y de los hombres. Su espíritu glorioso subió al cielo.»

(Crónica de España por Alfonso el Magno, escrita en el siglo IX.)

En el catálogo de los grandes monarcas que ocuparon dignamente el trono que sobre una victoria edificara Pelayo, pocos nombres se leen tan esclarecidos como el de su biznieto (1) *Alfonso el Casto*. El valor y la piedad descollaban en este celebrado rey, y mereció con justicia los cumplidos elogios que le prodigan nuestras antiguas y modernas crónicas. Durante su glorioso y dilatado reinado, rico en sucesos faustos, logró doblar y robustecer la noble, aunque pobre, monarquía nacida entre los riscos de Covadonga, elevándola a una altura de la que no descendió ya, y la aurora hermosa de la civilización y el progreso, comenzó a lucir en los escarpados montes asturianos. La religión, las antiguas leyes, las ciencias y las artes, que desde la ruina de la madre patria yacían bajo sus escombros, volvieron a reaparecer impulsadas por la poderosa mano del rey Casto, que al mismo tiempo que arrancaba con su vencedora espada estensas comarcas al dominio sarraceno, las embellecía con santuosos monumentos que aun en nuestros días, al cabo de diez siglos, revelan la magnificencia y la religiosidad de Alfonso II el Casto y el Victorioso.

Nació este heroico príncipe el año de 761 en la ciudad de Oviedo, que se había edificado poco tiempo antes, y tuvo por padres al rey Fruela I, y su esposa Munia, natural del país de los vascos. Verificóse su bautismo, según nos instruye (2) él mismo, en la iglesia del Salvador, razón por la que mostró siempre por aquel templo la mas decidida predilección, y le eligió después para fijar la sede episcopal de Asturias. Confió Fruela la educación y crianza del niño Alfonso a los monjes benedictinos del célebre monasterio de Samanos que él había fundado, en el cual, y en una aldea cercana, llama-

(1) He aquí la genealogía de Alfonso el Casto: Pedro, duque de Cantabria, tuvo por hijo al rey Alfonso I el Católico que casó con Hormesinda, hija del célebre Pelayo. Fueron estos padres de Fruela I, del cual y de su esposa Munia nació Alfonso II, llamado el Casto.

(Véanse todos los historiadores de España).

(2) En un privilegio ó testamento de donación otorgado por Alfonso el Casto á la catedral de Oviedo se lee.... teniendo presente que vi la luz del día en esta ciudad de Oviedo, y que derramaron sobre mi cabeza las agnas santas del bautismo en la basílica del Salvador que el rey mi padre fundó.... etc. etc.

mada Subrego pasó el futuro rey de Asturias los primeros años de su vida (1), imprimiendo profundamente aquellos piadosos cenobitas en su alma tierna, las virtudes cristianas y sociales que tanto le distinguieron en la grande escena del mundo. Permaneció en Samanos el joven Alfonso, durante el borrascoso reinado de su padre, y cuando en 768 fué éste muerto en Cangas por Aurelio, y otros conjurados, vengadores del fratricidio cometido en Bimarano, los monjes le tuvieron oculto temerosos de los riesgos que podrían amenazarle en la turbulenta corte de Asturias, dominada por los asesinos de Fruela. Quince años ocuparon el trono sus inmediatos sucesores Aurelio y Silo; y en tan dilatado espacio tampoco abandonó Alfonso su escondido asilo; pero al fallecimiento del último, ocurrido en Pravia en 783, su viuda Adosinda, mujer varonil y dotada de superiores talentos, y tía del retirado príncipe, llamó á éste á su lado, y reuniendo según el uso y costumbre goda, á todos los señores del palacio, hizo que le proclamasen rey. No gozó Alfonso aun por entonces de la corona de que tan digno le hacía su elevada cuna y singulares dotes, pues algunos próceres, antiguos partidarios de Aurelio, y por tanto enemigos declarados de Fruela y su familia, se opusieron con las armas á la ya verificada elección de su hijo. Utilizó estas escisiones el bastardo Mauregato, que abatiéndose á implorar el auxilio de los moros, despojó del cetro al nuevo rey su sobrino, que desapercibido para tan imprevistos ataques hubo de abandonarle al usurpador, refugiándose en Alava entre los deudos de su madre. (2) Un privilegio por el que don Alfonso hace una cuantiosa donación al monasterio de Santa Maria de Valpuesta y cuya fecha es de este tiempo, es el único recuerdo que subsiste de este su primer reinado que debió durar muy pocos meses.

Residió Alfonso á lo que parece en Alava los cinco años que vivió Mauregato, y parte del reinado de Bermudo el Diácono, el que, haciendo justicia como antes Adosinda, á las virtudes y relevantes cualidades que adornaban al noble desterrado, le hizo venir á la corte y le confió el mando del ejército. Poco después le declaró su compañero en el trono, y finalmente, abdicó en él toda su autoridad el 14 de setiembre de 791 (3) retirándose después Bermudo á acabar en paz sus días en un monasterio. Treinta años contaba Alfonso, cuando por segunda vez ascendió al poder supremo, y de entonces data su verdadero reinado, y la grandeza y poderío de la nación asturiana.

No pasaron aun tres años desde la abdicación de Bermudo, cuando Heschem que gobernaba á los moros españoles con el título de califa, dirigió contra Asturias un poderoso ejército acaudillado por El-djibed, uno de sus mas célebres guerreros. El belicoso rey cristiano no titubeó un instante en salir al encuentro de sus ene-

(1) Así consta de un privilegio de Ordoño I otorgado en favor del monasterio de Samanos (hoy Samos, diócesis de Lugo) cuya copia puede leerse en Florez, España Sagrada, tom. XIV.

(2) Véase el cronicon del rey don Alfonso el Magno.

(3) Así consta de una donación hecha al monasterio de San Vicente de Oviedo que copia Risco en la España Sagrada, tom. XXXVII.

migos, aunque con fuerzas estremadamente inferiores, y en el sitio llamado *Lutos* (1) se trabó una de las mas señaladas y sangrientas batallas de que habla la historia de estos tiempos. Cerca de 70,000 moros (2) quedaron en el campo, y Alfonso el Casto no solo se cubrió de inmarcesibles laureles, sino que adquirió sobre aquellos tan gran predominio, que no osaron impedirle adelantase sus correrías y conquistas, hasta las lejanas márgenes del Tago, llegando á Lisboa (3), de cuya notable ciudad, despues de talar sus campiñas, se hizo dueño aunque momentáneamente.

En el mismo año que tenían lugar estos sucesos, que era el de 797, deseoso Alfonso de buscar la amistad y alianza del célebre emperador de los francos, Carlo-Magno, que á la sazón hacia resonar por todas partes su nombre y sus victorias, le despachó una solemne embajada por medio de *Basilio* y *Froja*, altos personajes en Asturias. Llegaron estos á Aquisgran donde se hallaba el emperador, y despues de felicitarle por sus triunfos y noticiarle los que Alfonso acababa de alcanzar en Asturias y Lusitania, le presentaron los despojos sarracenos que le llevaban como regalo y muestra de amistad del rey su amo. Consistían estos en siete cautivos, igual número de caballos y armaduras y una riquísima tienda de campaña. Segun puede colegirse de los historiadores de la época llegaron á Carlo-Magno otras varias veces legados y presentes del rey de Asturias, cuya amistad se estendió tambien á *Luis el Pio*, rey de Aquitania, hijo del emperador, pues consta que este principe recibió en Tolosa otra embajada de Alfonso el Casto.

Nos será permitido hacer aqui una ligerísima digresion sobre aquel dictado con que la historia distingue al gran rey cuyos principales sucesos intentamos bosquejar, y que él mismo usaba en los documentos públicos, puesto que entre otros muchos una donacion que hizo á la catedral de Oviedo y que tenemos á la vista, comienza con estas palabras. «Yo Alfonso, indignamente cognominado el Casto, etc.» Es por lo mismo probable que los obispos, y próceres de su corte le dieran generalmente aquel renombre convenidos de la continencia y estremada modestia que en el rey sobresalia, y que insistiesen en que se firmase así. Lo que no está enteramente averiguado es si permaneció siempre soltero, puesto que las crónicas de Alfonso el Magno, y del monge del Albelda, solo afirman que vivió casto, y sin muger (4), y la de Pelayo obispo de Oviedo, que se desposó con una hermana de Carlo-Magno aunque nunca la vió (5). La crónica de Lucas, obispo de Tuy, asegura lo mismo (6), y añade que la desposada de Alfonso se llamaba Berta. Tal vez alguna de las embajadas referidas tendria por objeto tratar de este consorcio, que por alguna razon para nosotros desconocida, no llegó á realizarse. Lo que se puede demostrar, es que Berta no llegó á venir á España, ni llevó jamás el título de reina, pues en ningun

privilegio de aquel reinado, se la menciona como esposa del rey, ni se ve su nombre entre el de los confirmantes, como era uso y costumbre en aquel tiempo.

Ocupándonos de los sucesos de Alfonso el Casto debemos mencionar el que refieren todos los historiadores españoles, desde el arzobispo don Rodrigo, relativo á su hermana *Jimena*. Dicese, pues, que esta princesa preñada de *Sancho Diaz*, conde ó gobernador de Saldaña, se casó con él clandestinamente, que de este matrimonio nació el famoso *Bernardo del Carpio*, y finalmente que indignado el rey con tal desmán, hizo quitar los ojos, y encerrar para siempre al conde en el castillo de Luna, y á *Jimena* en un monasterio, disponiendo al mismo tiempo se criase cuidadosamente á su sobrino. El silencio que guardan sobre tan ruidosos sucesos los escritores contemporáneos, y los mas próximos al reinado de Alfonso, hizo que todos los modernos desechen esta relacion como fabula mal forjada ingerida como tantas otras en la historia, y lleguen hasta negar la existencia de los que en ella figuran. Hay no obstante poderosos argumentos que evidencian que *Sancho* y *Bernardo* fueron personajes verdaderos, aunque no así las romancescas aventuras que se les atribuyen. Entre otros que pudiéramos citar ademas de la vivísima tradicion nacional, solo lo haremos de el nombre del primero *Sancius Comes* ó *San dias*, que se lee frecuentemente en los privilegios entre los de los próceres de Alfonso el Casto, y el sepulcro del segundo que se conserva en Aguilar del Campo (1).

Finalmente, la circunstancia de no hallar mencion de estos acontecimientos en las crónicas antiguas, no es razon concluyente para negarlos enteramente, pues que aquellas más bien que historias, no son otra cosa que brevísimos índices, en que solo se apuntan los mas señalados sucesos, y nunca los que pudieran ser desagradables á la persona reinante, ó sus inmediatos ascendientes.

Las íntimas relaciones amistosas, que como hemos dicho, reinaban entre Carlo-Magno y Alfonso el Casto, ocasionaron á este notables turbaciones por parte de algunos de sus súbditos, que atribuyendo á vasallage y rendimiento lo que no eran sino cumplidos y muestras de amistad, supusieron rebajada la dignidad real y la de Asturias. Ostentando, pues, su celo por la independencia española, é inclinados á las revueltas, se rebelaron contra Alfonso en 802, año oncenso de su reinado, le depusieron de la soberanía y le encerraron en el monasterio de Abellanía.

Sustituyóle otro rey ó tirano cuyo nombre callan los cronistas, el cual gozó poco tiempo de la usurpada corona, pues en el mismo año, los vasallos leales de Alfonso, acaudillados por el godo Teuda, le devolvieron el cetro que tan dignamente empuñara, mediante la condicion, segun algunos, de cesar en sus relaciones con los francos. Desde este notable acontecimiento no tuvo ya el noble rey que acallar ninguna otra rebelion, y pudo consagrarse enteramente al aumento y buen gobierno de sus estados. Compomianse estos de las provincias de Asturias, Galicia, y la parte de Vasconia, llamada ya entonces Alava. De Leon y Castilla solo se habian conquistado á la sazón algunos pueblos y pequeños territorios, gobernados por condes que nombraba el rey. Lo que hoy llamamos Portugal mudaba frecuentemente de dueño, cayendo en poder de los moros ó de los cristianos, segun los varios sucesos de la continua y

(1) Hoy *Llanas del Mouro*, no lejos de Tineo. Un sitio de aquella comarca que conserva el nombre de *Campo de la matanza*; fué el teatro de este terrible combate.

(2) «A rege, Adefonso preoccupati... septuaginta feré milia ferro atque ceno sunt interfecti.» (Crónica de Alfonso el Magno).

(3) Eginhardo, historia de Carlo-Magno.

(4) «Absque uxore, castissimam vitam duxit.» (Crónica Albeldense). «Sique... casté, sobrié inmaculaté.» (Crónica de Alfonso el Magno).

(5) «Habuit sponsam quam nunquam vidit sororem Caroli regis.» (Crónica de Pelayo, obispo de Oviedo).

(6) «Duxerat uxorem nomine Bertam, sororem Caroli regis francorum quam quia nunquam vidit et abstinenti á luxuria rex castus vocatus.» (Crónica de Lucas obispo de Tuy).

(1) Está situado este sepulcro muy cerca del monasterio de premostratenses. En 1517 fué reconocido por Carlos V cuando desde Flandes llegó por primera vez á España. Hay al lado otra tumba que se dice ser de Fernando Gallo, alferce de Bernardo del Carpio.

renida guerra que allí se hacía, y el hijo y verdadero límite del reino cristiano por aquella parte era el río Miño.

Deseoso Alfonso de engrandecer y aumentar la ciudad en que había nacido, trasladó á ella en el referido año 802 la corte de Asturias, que estuviera hasta entonces en Cangas ó en Pravia, y la ennobleció con silla episcopal, nombrando por su primer obispo, á *Adulfo*, de alcurnia goda. Al mismo tiempo, y sobre el solar de la antigua iglesia del Salvador que Fruela había edificado, se comenzó con la misma advocación, la suntuosa fábrica de la catedral de Oviedo, cuya conclusión se retrasó no menos que treinta años. Concurrieron á consagrar esta renombrada basilica, los obispos *Ataulfo* de Iria, *Maido* de Orense, *Teodomiro* de Calahorra, *Suintila* de Leon, y *Quindulfo* de Salamanca (1), los que con el arquitecto del rey llamado *Tioda* y varios magnates confirmaron el mismo día de la solemne ceremonia (13 de octubre de 802) una riquísima donación que Alfonso el Casto con su acostumbrada largueza y piedad hizo al nuevo templo (2) con objeto de dotarlo decorosamente. En el altar mayor se colocó una grande imagen del Salvador, y en otros doce mas pequeños que se levantaron en derredor de aquel, las de los doce apóstoles. (3) La arquitectura de este célebre monumento artístico-religioso era la magestuosa y severa que se conoce con el nombre de *Bizantina*, como demuestran el campanario y otros vestigios no menos notables que de él se conservan. Sobre la entrada principal se puso una lápida en la que se leía una inscripción latina, que traducida decía así:

Cualquiera que tú seas, que tengas el cargo de gobernar esta basilica del Salvador del mundo, yo Alfonso, te pido por Jesu-Cristo, no dejes de ofrecer al menos una vez cada semana, sacrificios por mi eterno reposo, con lo que te será propicio el mismo Cristo. Si no cumples este deber, que Dios te arranque con el sacerdocio la vida. Tuyo son ¡oh Dios mío! cuantos dones yo poseo, y así, al ofrecerte el tributo de este templo, solo te devuelvo lo que es tuyo y que tu mano me dió. Alfonso, tu humilde siervo, te presenta en señal de gratitud, la muy pequeña ofrenda de esta fábrica.

Contigua á la catedral, erigió el rey una reducida pero bellísima iglesia, dedicada á San Miguel, que se cree era su capilla doméstica, pues estaba enclavada en el palacio. Subsiste intacta y es conocida con el nombre de Cámara Santa. En ella se guardan las reliquias de la catedral, y entre otros objetos que la hacen digna de la atención de los artistas, deben recordarse su extraño pavimento, y las doce columnas que sustentan su bóveda, que representa cada una la figura de un apóstol. Al lado opuesto de la iglesia de San Miguel y al norte de la ciudad, elevó Alfonso otro templo de 100 pies de longitud, adornado con tres altares. El principal fué destinado para una pequeña estatua de la Virgen que él llevaba como paladion en las guerras, y que se denominaba por lo mismo *Santa Maria de las Batallas*, y en los otros dos las de los mártires San Esteban y San Julian. Contiguo á esta iglesia, que aun lleva el nombre de su ilustre fundador, pues se llama Santa Maria del rey Casto, dispuso éste la erección de un panteon en que debiera ser sepultado él y sus sucesores y al que hizo trasladar los cuerpos de los reyes Fruela y Bermudo el Diácono, y los de las esposas de

estos, Munia, y Uzenda. También fundó Alfonso en Oviedo las iglesias de San Tirso mártir, la de San Julian (1), que estaba á doscientos pasos de su palacio, y el gran monasterio de San Juan de las Dueñas, titulado hoy San Pelayo, en el que tomó la cogulla la reina Adosinda. No se limitó la munificencia del casto rey á la fábrica de edificios religiosos, pues tambien hizo cercar de murallas la ciudad, y construyó un acueducto, un hospital, suntuosos baños, y finalmente, un palacio real, el que estaba fortificado como era natural en aquellos tiempos de continuadas guerras y revueltas intestinas. Amante decidido, Alfonso, de las costumbres de los godos y de los que de estos descendian, que en aquella época no se confundieran aun con los romano-españoles, no solo les dispensó señalada protección concediendo á cuantos de aquellos acudieron á su corte todas las dignidades civiles y eclesiásticas, sino que restauró é hizo observar las leyes, ceremonias y costumbres góticas, tanto en la iglesia como en el palacio de Oviedo (2), que vino á ser un remedo ó fiel trasunto del de los antiguos reyes godos de Toledo.

En tanto que ocupaban á Alfonso estas tareas, continuaba muy encarnizada la guerra en las fronteras, en especial en la de Galicia, y entre los wálies moros de aquella parte y los condes cristianos, se ajustó en 806, á petición de estos últimos, segun las crónicas arábicas, una tregua que debia durar tres años. (3) Este tratado es notable por ser el primero de su especie que tuvo lugar entre los califas de Córdoba y los reyes de Asturias.

Del año 803, permanece de Alfonso el Casto, un insigne recuerdo en la celebrada cruz llamada de los Angeles, que se guarda en la Cámara Santa de Oviedo. Antes de describir esta bellísima joya deberemos relatar la fábula que de ella se refiere. Dicese, pues, que deseoso el rey de adornar la basilica del Salvador con una rica ofrenda, reunió una gran cantidad de oro y piedras preciosas, pero que no encontrando en todos sus estados un artista bastante hábil, estaba inquieto y apesadumbrado, cuando repentinamente, y en ocasión que salía de misa, se le pusieron delante dos peregrinos desconocidos que ofrecieron al rey llevar á cabo su piadosa obra. En el instante se dió á los dos estrangeros un aposento retirado en el palacio real, para que allí encerrados pudiesen con sosiego dedicarse á la fábrica de la cruz, y habiendo ido al poco tiempo algunos palaciegos á examinar el estado de los trabajos, se hallaron con el doble prodigio de que los peregrinos habian desaparecido, y que la cruz ya acabada, estaba en el aire despidiendo resplandor (4). Esta es de madera y revestida de planchas del oro mas puro, en las que se ven sobrepuestos multitud de adornos de la mas bella y delicada filigrana, y muchas piedras preciosas. Los cuatro brazos, que reuniéndose en un pequeño círculo forman la cruz, son enteramente iguales, y tienen cada uno de estension cerca de una tercia y como cuatro dedos de ancho por un extremo, y algo menos por aquel en que tocan al círculo. En cada uno de ellos

(1) Ambas permanecen y son parroquiales. La primera está situada á pocos pasos de la catedral, y la segunda en las afueras de la ciudad, y se llama hoy *Santullano*, ligera adulteración de su primera advocación *Santus Julianus*.

(2) «*Omniem gothorum ordinem, sicuti Toletum fuerat, tan in Ecclesiâ quam palatio, in Oveto cuncta statuit.*» (Crónica del monge de Albelda).

(3) Conde.

(4) La primera crónica, que mencionó como verdadero el supuesto milagro de la Cruz de los Angeles, fué la del monge de Silos, á la que sigue la de don Pelayo, obispo de Oviedo, y otros muchos.

(1) Estas dos ciudades estaban á la sazón derruidas por efecto de las guerras, y el territorio de la última en poder de los moros.

(2) En la primera hoja de este curioso instrumento, escrito en pergamino, se ve una bellísima miniatura, cuyo traslado va por cabeza de este artículo.

(3) Véase la crónica de Alfonso el Magno, que refiere detalladamente todas estas construcciones del rey Casto.

se lee una inscripcion, que trasladadas al castellano dicen asi:

I.

Permanezca para siempre, y sea por Dios recibido con agrado, este don que en honra suya ofrece humildemente Alonso, siervo de Cristo.

II.

Con este signo se defiende el piadoso,
con este signo se vence al enemigo.

III.

Qualquiera que presumiere quitarlo, que caiga sobre él el rayo de Dios.

IV.

Sino cuando por mi voluntad sea dedicado. Hízose esta obra era de 846.

Examinando las lindisimas labores que adornan la prenda de que acabamos de hablar, no puede menos de reconocerse el estilo y la diestra mano de los plateros árabes de Córdoba, que ya por esta época se hicieron



notar por el primor y delicadeza que en sus obras mostraban. Esta consideracion revela el origen de la conseja de los dos artifices peregrinos; por lo demas parece averiguado que Alfonso el Casto eligió la figura de esta cruz como divisa de guerra, y aun hoy se pinta en campo azul, y sostenida por dos ángeles, en los escudos de armas de la ciudad y catedral de Oviedo.

Otro acontecimiento mirado como milagroso por los devotos cronistas de la edad media, se verificó en el referido año de 898, que fué el descubrimiento del sepulcro de Santiago. La tradicion de que este apóstol viniera á España á predicar el Evangelio, y que sus restos fueran por sus discipulos conducidos á Galicia, estaba arraigada desde muy antiguo, como consta de las obras de San Isidoro; pero las continuas guerras y trastornos de que fuera teatro aquel pais, hicieron olvidar la situacion precisa del sagrado túmulo, aunque se decia estaba oculto no lejos de Iria-Flavia. Era obispo de esta ciudad por aquel tiempo el piadoso Teodomiro, y dándole cuenta varias personas de autoridad

de que en un bosque cercano se divisaba durante la noche luminarias y resplandores extraordinarios, acudió al sitio designado, y convencido por sí mismo de la verdad del suceso, hizo el santo obispo escavar en un gran monton de tierra, y se halló una pequeña capilla que contenia un sarcófago de mármol, que desde luego se calificó por el del apóstol. Participó Teodomiro el feliz descubrimiento al rey, que estaba en Oviedo, y seguido éste de sus magnates, corrió inmediatamente á Compostela (1), mandó edificar en derredor del sepulcro un pequeño templo de tapiceria, y le concedió para su sostenimiento todo el terreno que le circundaba á la distancia de tres millas (2). No pararon aqui las mercedes hechas por Alfonso á la naciente iglesia de Compostela, pues la adornó con una rica cruz de oro, copia, aunque en pequeña dimension, de la mencionada de los Angeles, y valiéndose de su antigua amistad con Carlo-Magno, le rogó influyese con el papa Leon III, para que el obispo de Iria trasladase su residencia al templo del apóstol. No solo accedió el pontífice á esta peticion, sino que tambien dirigió una epistola á los españoles, en la que referia largamente la muerte de Santiago en Jerusalem, y la traslacion de su cadáver á Galicia (3). Tal fué el origen del famoso santuario de Compostela, que ya era objeto de la veneracion europea, y visitado por multitud de peregrinos, á mediados del siglo IX.

Utilizando Alfonso diestramente los ímpetus de devocion y entusiasmo religioso que produjera en sus vasallos el suceso de que acabamos de hablar, emprendió al año siguiente (804) la guerra de los moros, y seguido de un numeroso ejército, en el que marchaban multitud de obispos y clérigos, atravesó el Duero y llegó hasta el Mediodia de la Lusitania, comarca que no habian pisado aun los cristianos. Los gloriosos hechos de esta campaña tan ventajosa para Alfonso y sus guerreros, están descritos casi del mismo modo en las historias árabigas que en las cristianas, confesando aquellas, aunque rebozadamente, las victorias del invicto rey de Oviedo. «Al fin de este año (809), dicen, habiendo espirado la tregua, los cristianos de Galicia conducidos por su rey que se llamaba Anfús, cual un torrente desolador cayeron sobre Lusitania, cubriendo de sangre y fuego los campos y las ciudades, y llegando hasta los muros de Lisboa.» El-Hakem, que ocupaba en aquel tiempo el trono de Córdoba, marchó al encuentro del rey Casto; pero sufriendo repetidas derrotas causadas por éste y por los condes que á su nombre gobernaban en aquel territorio, se retiró despechado á su corte, dejando encomendada la prosecucion de aquella porfiada guerra á dos de sus mas célebres caudillos llamados Abd-el-Kerym y Abdala-ben-Maleki. El rey cristiano, que tambien regresara á Oviedo, hubo de volver en 812 á combatir con aquellos, y ostentando su acostumbrado esfuerzo, alcanzó dos nuevos y señalados triunfos.

(1) Este nombre se dió á aquel lugar, y se deriva segun lo mas de Campus Stella, Campo de la Estrella.

(2) «Adefonsus rex castus, tria milia in giro sepulcri corporis B. Jacobi recens revelati ei tribuit... Vidimus multas vices luminarie in un locum... etc.» Privilegio de donacion que se conserva en la catedral de Santiago, bastante posterior al hallazgo del sepulcro, pues que lleva la fecha de la era 862, ó sea el año de 824.

(3) Aun antes del hallazgo del túmulo de Santiago (verdadero ó apócrifo), era este santo mirado en España con singular devocion, é invocado como especial patrono. Entre otras memorias que pudieran citarse que lo confirman, recordaremos un privilegio que existe, por el cual Avenzano de Lugo, con la aprobacion de Odoario, su obispo, en el año de 757, erige en aquella ciudad una iglesia en honor de este santo y con su advocacion

Como también por esta vez están de acuerdo los historiadores de ambas naciones rivales, dejaremos hablar a los moros, cuyo testimonio es más de apreciar.

«En este año (812) fué vencido Abdalá por los cristianos, quedando su hueste destrozada, y siendo él mismo contado entre los muertos.» Su caballería no solo huyó desordenadamente, sino que comunicó su cobardía a los soldados de Abd-el-Kerym, que también huieron a pesar de los esfuerzos de su belicoso jefe. Fué, pues, completa la derrota de los fieles musulimes, pues muchos de ellos encontraron la muerte en las aguas de un río, al que se arrojaban desde lo alto de un peñasco, y otros que se acogieron en el bosque y trapanaron a los arboles, sirvieron de blanco a los flecheros cristianos, que se divertieron en darles muerte a saetas (1). Ambos combates, que duraron no menos que trece días,

tuvieron lugar en Galicia; el primero en un sitio llamado Naharon, entre Lugo y Belanzos; y el segundo a orillas del río Anceo, que corre no lejos de Pontevedra, y que hoy se llama Ontaven. Los resultados inmediatos de estas victorias, fueron quedar bajo el poderío de Alfonso, la mayor parte del país bañado por el Duero, comprendiendo la importante plaza de Zamora.

En tanto que esto acontecía en Galicia, los moros, para distraer sin duda a Alfonso de aquel país, hicieron una imprevista y acelerada correría por Asturias, provincia a la sazón desamparada de defensores. Llegaron aquellos, según parece, hasta Oviedo, y arruinaron en parte la catedral, y otros muchos edificios de la ciudad; pero llegando a su noticia que el rey de Asturias volvía sobre ellos, se retiraron precipitadamente. Se leen estos pormenores en un privilegio otorgado por aquel

El año de Alfonso

en el nombrado año de 812, por el que concede a la ciudad de Oviedo la jurisdicción de ella misma con su plaza al lado de la catedral, y los caños de agua que se habían traído hasta allí. Hablase también en el mismo instrumento de las restauraciones ordenadas por el rey en la basílica del Salvador maltratada por los moros.

Uno de los principales cuidados de Alfonso era recompensar con largueza a los valientes compañeros de sus glorias, donándoles tierras en los países conquistados, y cautivos sarracenos que las cultivasen. Con tan político sistema no solo estimulaba el rey Casto el esfuerzo de sus vasallos, sino que aumentaba sus dominios, los repoblaba, y tenía defendidos por hombres interesados personalmente en su conservación. Siendo la propagación y esplendor del culto uno de los objetos más preferentes en el rey, sus donaciones a los templos eran muy frecuentes como ya hemos visto, y consistían generalmente en preases, tierras y siervos. Lo que ha causado la mayor extrañeza a varios escritores graves es que en un privilegio ó testamento de esta especie se lee que Alfonso regala a una iglesia entre otros esclavos, varios clérigos como *Novelo, sacerdote; Pedro, diácono comprado a Corbelo y a Fafila; Juan, Vicente, Teodulfo, clérigos; Eneco, clérigo comprado a Luro, etc.* (2) Supónese, pues, que estos sacerdotes cristianos y esclavos de Alfonso, serían muzárabes partidarios de los árabes ó descendientes de estos ó de moros cautivos rescatados por el rey.

El año 833 se declaró la ciudad de Mérida en abierta rebelión contra su señor el califa, que era Ab-del-Rahaman, hijo de El-Hakem. Corrió éste a sitiar la plaza, y se enseñoreó de ella con el ingenioso arbitrio de hacer disparar saetas a las que iba atado un pergamino, en que se leía que el califa perdonaba a los rebeldes, si reco-

nociendo desde luego su autoridad le abrían las puertas, pero exceptuando a los jefes y promovedores de la revuelta. Uno de ellos, llamado por los cristianos *Mathamuth* y por los moros *Mohamed ben-Ab-del-Djebir*, célebre caudillo de bandidos, logró burlar la venganza del califa, y seguido de muchísimos partidarios abandonó a Mérida, y se refugió primero en Toledo y luego al amparo de Alfonso el Casto, que le recibió benigneamente, y dio a él y los suyos un territorio en Galicia para que morasen pacíficamente. Ab-del-Rahaman, tal vez con objeto de castigar al rey de Oviedo por haber acogido a estos rebeldes, dispuso que los guerreros de Lisboa, Badajoz y Mérida, mandados por el gobernador de esta última ciudad, hiciesen una entrada en los dominios de aquel. No se verificó, sin embargo, esta expedición hasta 838, en que habiendo estos moros saqueado y arrasado la mayor parte del país, que después se llamó Reino de Leon, pusieron cerco a Benavente; pero con la venida de «Anfús, rey de aquellos pueblos bárbaros y guerreros», como dicen los cronistas árabes, hubieron de retirarse con considerable pérdida. En tanto que esto sucedía, el perdido Mohamed, correspondiendo con la mas negra ingratitud a la generosidad de su bienhechor Alfonso, intentó, ayudado de sus numerosos parciales, formar en Galicia un estado musulmán independiente. Apoderóse con este objeto del castillo de Santa Cristina, situado dos leguas de Lugo; pero volando desde Benavente el rey Casto para castigar a sus desleales huéspedes, no pudo menos Mohamed de aceptar el combate, en el que encontró la muerte con 50,000 de los suyos. Recobrado el castillo «dio el rey la vuelta a Oviedo en paz y victoria (1).»

Desde esta señalada memoria ninguna otra encontramos en la historia del anciano rey, hasta la de su muerte, ocurrida en Oviedo en 843, cuando contaba 82 años de edad y 52 de reinado. Sus restos mortales fueron

(1) Véase Conde.

(2) Véase Risco, continuación de la España Sagrada, tomo XXXVII.

(1) Crónica de Alfonso el Magno.

ron depositarlos en el sepulcro que él mismo se hiciera fabricar en el panteón de la iglesia de Santa Maria, y sobre él se colocaron la espada, lanza, y yelmo con que tantas veces y tan gloriosamente peleara Alfonso contra los enemigos de la patria. Este humilde lucillo aun permanece intacto, se alza del suelo como dos pies, y tiene seis de longitud. Compónese solamente de dos grandes piedras labradas groseramente, en las que no se lee inscripcion alguna, aunque el monge historiador de Albelda compuso con este objeto un elocuente epitafio, que insertó en su apreciada crónica. El rey Casto, que fuera en su vida acatado por amigos y contrarios en razon de sus virtudes heroicas, llegó despues de muerto á ser mirado en Asturias como Santo, y desde luego su tumba como objeto de veneracion y casi de culto. En muestra de esta verdad que mencionan varios historiadores (1), se vé aun hoy en el panteón real de Oviedo una puerta tapiada, por la que en otro tiempo los monjes de los vecinos monasterios de San Vicente y San Pelayo, venian diariamente en comunidad á orar sobre los restos del santo rey Alfonso el Casto, y los canónigos conservan la piadosa costumbre de consagrarle un solemne aniversario el 22 de marzo. Su recuerdo vive aun, y vivirá siempre querido y respetado, puesto que España ve en Alfonso no solo un gran monarca, y un amoroso padre, sino uno de los mas celosos restauradores de su grandeza y nacionalidad anegadas en las ensangrentadas ondas del Guadalete.

N. C. DE CAUNEDO.

Oviedo 15 de marzo de 1849.

NOTA El grabado que va por cabeza del anterior artículo es *fac-simile* de una miniatura que se ve en la primera hoja de una donacion hecha por Alfonso el Casto á la catedral de Oviedo el 13 de octubre de 802. El objeto de esta bellissima pintura, la mas antigua que en España se conserva, es sin duda representar la ereccion de las tres principales iglesias con que el rey adornó su querida ciudad de Oviedo. La parte superior alude á la catedral, pues muestra en el centro un medallón, en el que, en campo azul, está sentada la imagen del Salvador en actitud de echar la bendiccion, teniendo

á su lado el *alpha* y *omega*, simbolo del principio y del fin, y rodeándole los cuatro hombres con cabezas de animales que describe el Apocalipsi y otros tantos ángeles. A derecha é izquierda se ven doce ornacinas, en las que se divisa, aunque toscamente, la arquitectura bizantina, y cada una de las que contiene la figura de un apóstol, significacion espresiva de los doce altares que en su honor se erigieron en derredor del mayor dedicado al Salvador. En la parte inferior de este rarísimo cuadro están pintados la Virgen y San Miguel, indicando las dos iglesias de su advocacion, que el rey edificó, á uno y otro lado de la catedral. Finalmente, llaman la atencion los retratos de éste y de su *armigero*, que, aunque disparatadamente dibujados, son apreciables, pues nos manifiestan exactamente los trages de aquel tiempo. El rey, que está de rodillas, lleva túnica de oro holgada y larga hasta los pies, de mangas anchas y circuida toda de una orla de varios colores, calzas azules muy ceñidas, borceguies negros y puntiagudos y la barba y cabellera crecidas. Completan su adorno un manto ó capa de plata sujeto con su broche sobre el hombro izquierdo á la romana, y una corona estrañísima en forma de pirámide, compuesta, al parecer, de tres círculos de oro sobrepuestos, cuyo diámetro va disminuyendo, y de los que salen puas que acaban en una perla. El *armigero* viste traje mas sencillo y menos rico, pues consiste en una túnica larga abierta por delante desde la cintura abajo, de mangas muy ceñidas, formada de una tela, cuyo fondo es blanco, con adornos encarnados. Tiene en la mano la espada y el escudo del rey, que es puntiagudo, de color azul con cuatro agujeros para ver tras él, y rodeado de una orla roja.

Esta notable composicion, inapreciable recuerdo de la historia de las artes, permanece en sorprendente estado de conservacion, a pesar de los 1047 años que cuenta de antigüedad. Todas las figuras carecen de sombra, y aunque se advierte en ellas la mas detenida proligidad, su dibujo es incorrecto y bárbaro y contrasta visiblemente con la belleza y subsistencia del colorido. Tambien revela el miniaturista en este trabajo algun conocimiento en el estudio de los ropages, que son ciertamente admirables para aquella época, que era la de la infancia de la pintura. Por último, no terminaremos nuestro trabajo sin hacer mención del *fac-simile* de la firma de Alfonso el Casto, que tambien incluimos en el presente artículo.

N. C. DE CAUNEDO.

(1) Carballo, antigüedades de Asturias.—Trelles, Asturias ilustrada.—Medrano, crónica de la virgen del rey Casto, etc., etc.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL SOCORRO DE MALTA.

La esteril y pelada roca, solo á trechos cubierta por tierra vegetal, que sobresaliendo en las aguas del Mediterráneo se eleva entre Africa y Sicilia, era el unico y reducido asilo en que desde el año de 1530 estaban refugiados los ilustres caballeros de la orden de San Juan de Jerusalem. Desde que esta orden habia sido fundada por Gerardo de Marignies en 1099 para servicio de los hospitales de Jerusalem, por muchas vicisitudes habia pasado, nunca desmintiendo su carácter de

militar y religiosa que tan célebre la ha hecho en la historia de la cristiandad, hasta establecerse en Rodas, isla considerable de la que en 1522 fueron desposeidos los caballeros, por Soliman, emperador de los turcos, viniendo á establecerse en Malta, de la que tomaron posesion y título, merced á la generosidad de Carlos I de España que cedió dicha isla á la orden, considerándola siempre como el baluarte de la cristiandad. Pero ni en esta isla de ocho leguas de largo y escasa en producciones se hallaban seguros los caballeros de Malta; persegualos hasta allí el implacable rencor de los turcos, y entonces, que era el 18 de mayo de 1565, se hallaban en el mayor conflicto y amenazados del mas formidable peligro que hasta entonces habia corrido la orden.

Hallabase ya á vista de la isla la poderosa armada

del Gran Turco, la que el viejo emperador Soliman habia mandado aprestar con el designio de acabar con el último de los caballeros. Ciento cincuenta y nueve galeas y galeotes y otras muchísimas naves de transporte, todas con la tripulación correspondiente, venían á las órdenes del gran visir Mustafá y del experimentado Piali, trayendo á sus órdenes á Dragut, Uchali y los mas célebres corsarios, que enviaron los vireyes de Argel y de Trípoli. Entre las tropas embarcadas venían los spahis y los genizaros, la mas valiente milicia del imperio turco.

El motivo de tan formidable expedición era el odio inveterado de los turcos á los caballeros de Malta por sus continuas hostilidades en el mar, y por las considerables presas que les hacían, y el pretexto era el reciente auxilio que la orden de Malta habia prestado á los españoles en sus conquistas en el Africa. Don García de Toledo, con tanto valor como fortuna, se habia apoderado de Velez de la Gomera y del islote fortificado, llamado el peñon de Velez, guaridas ambas de piratas mahometanos. Los caballeros de Malta habian concurrido á esta conquista y, como siempre, se habian distinguido en ella, lo que habia concitado contra ellos toda la vengativa saña de los turcos y habia determinado á Soliman á concluir de una vez con tan peligrosos enemigos.

No se descuidaban en tanto los animosos caballeros y su gran maestre, que lo era entonces frey Juan Parisot de La Valette. Sabedor éste de la tempestad que le amenazaba y conociendo los inmensos recursos y deseos de venganza de los enemigos que para su daño estaban conjurados, adoptó con la mayor energía las disposiciones que su celo y experiencia le indicaban para la defensa de la isla. Hizo acopio de víveres, municiones y pertrechos de guerra, mandó recorrer todas las fortificaciones, reclutó algunas compañías de soldados extraños y formó otras con los mas aguerridos habitantes de la isla. Además no se descuidó en pintar su estado crítico á todos los soberanos de la cristiandad, solicitando su auxilio, y muy particularmente el de aquellos que mas interesados estaban en la conservación de la orden.

A vista ya del enemigo pasó el gran maestre revista á sus tropas, que ascendían entre veteranas y visayas á poco mas de 8,000 hombres, sin contar lo mas importante para él, que eran 700 caballeros de la orden distribuidos por lenguas, ó sean las diferentes naciones de que aquella se compone por el orden siguiente: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Inglaterra, Alemania y Castilla. Estos caballeros con su manto negro en que resataba la cruz blanca de ocho puntas al costado izquierdo, eran los que daban colorido poético al campamento, los que oportunamente distribuidos dirigian y acudillaban á la muchedumbre y los que sabían comunicarla el ardor que á ellos dominaba. La serenidad y prudentes disposiciones del gran maestre infundían valor á los ánimos; pero lo que principalmente llenó á todos de confianza, lo que escitó en alto grado su entusiasmo, fué la noticia de que el rey de España acudiría al socorro de la orden, y notorio era al mundo entero de que manera el rey don Felipe II acostumbraba cumplir sus promesas.

II.

Apenas los turcos desembarcaron en la isla, quemando los pueblos y cautivando á las personas y rebaños que no pudieron retirarse á los fuertes, se dirigieron á sitiar estrechamente el fuerte de San Telmo, que era, después del Borgo, el punto mas importante de la isla. Para contener al enemigo dando tiempo á que llegasen los socorros, importaba mucho á los caballeros conser-

var aquel fuerte que, fundado sobre roca viva en una lengua de tierra, dominaba por una parte la ensenada principal de la isla y por la otra el puerto en que mas segura pudiera estar la armada de los turcos. No se descuidaban estos en superar las dificultades de la empresa, dando al fuerte tan recios embates y acerbillándole con su artillería de grueso calibre en tales términos que el comandante, que era el bailio de Negroponto, envió mensajeros al gran maestre, anunciándole que le era absolutamente imposible el sostenerse.

Pequeño era el fuerte, escasa la guarnición, superiores y muy encarnizados los enemigos, y sin embargo, el animoso La Valette no pudo escuchar sin indignación el mensaje que sus caballeros le traían, así es que les respondió con severidad:

—De la conservación de ese fuerte, pende la salvación de la isla. Si vosotros no podeis ó no quereis defenderle, yo iré á encerrarme en él y á morir con las armas en la mano antes que rendirle á los infieles.

Los caballeros se opusieron unánimes á esta determinación del gran maestre, conociendo cuan indispensable era su presencia en el punto que era cabeza de la orden y donde se hallaban sus principales fuerzas. Brindáronse varios caballeros á pasar á San Telmo, mereciendo entre todos ellos la confianza del gran maestre el caballero Medrano, que fué á encerrarse con la gente escogida cuyo mandó se le concedió. Pero ni este refuerzo reanimó la esperanza de los sitiados.

—Es tan inútil como costoso, decían, el obstinarse en sostener este punto.—Aquí no hay mas remedio que sufrir una muerte, tal vez ignominiosa, en defensa de nuestra religion.

—Eso es, contestó secamente Medrano, lo que hemos jurado en el instante de nuestros votos solemnes.

Una salida de los caballeros en que traspasaron las trincheras de los enemigos, hizo conocer á estos los refuerzos que aquellos habian recibido; pero los turcos no reparaban en sus pérdidas con tal de conseguir alguna ventaja, y así lograron, favorecidos por una densa humareda que el viento llevaba hacia el fuerte, alojarse en la contra escarpa, dominar un rebellín y colocar sus baterías donde mas mortífero y destructor fuese su fuego. No pasaba día sin sangrientos combates en que iban pereciendo los mas intrépidos caballeros, quedando los muros casi arruinados, siendo ya tan imposible prolongar la defensa, como resistir el inmediato asalto. En tal conflicto los caballeros, no sin repugnancia, volvieron á preguntar al gran maestre, si sería ya tiempo de abandonar el fuerte; pero La Valette, cada vez mas exasperado y siempre con la esperanza del pronto socorro de los españoles, envió á los defensores de San Telmo una carta de reconvencción en la que entre otras frases de cruel ironía, hallaron la orden siguiente:

—Volved cuando gustéis, hermanos míos, aquí estareis mas seguros y yo tambien mas tranquilo por la defensa del fuerte, pues ya tengo elegidos los hombres resueltos que han de ir á relevaros.

Herido en lo mas vivo el pundonor de los caballeros y temiendo mas que la pérdida de la vida el desdoro de la orden, resolvieron sepultarse entre aquellas ruinas antes de abandonarlas ó rendirlas. Cuando estuvieron por tierra las murallas y preparados los puentes que se habian de echar sobre el foso, cuando los enemigos formaron al rededor del fuerte para asaltarle á un mismo tiempo por toda su circunferencia y cuando la armada turca pudo acercarse al castillo cuanto lo permitía el fondo del agua, entonces los caballeros conocieron que habia llegado el supremo instante de morir y se prepararon á ello con los santos sacramentos. Después cada uno acudió al punto que le estaba señalado, y hasta los heridos y dolientes salieron de los lechos;

el que no podía tenerse en pié hizo que le llevasen en una silla, prefiriendo el morir en el puesto del honor.

Cuatro diferentes asaltos dieron los turcos todavía hasta el decisivo del día 23 de julio, y en todos ellos fueron rechazados por aquel puñado de héroes. Atacaban y volvían á atacar sin que cediesen un palmo los obstinados defensores, que hacían un destrozo horrible en las apiñadas filas de los infieles: allí cae muerto el jefe de los genizaros: Dragut, el formidable corsario Dragut, cae también arrojando sangre por boca y narices. Mustafá que cerca se encontraba, conociendo el efecto moral que en el ejército va á producir aquella

pérdida irreparable, arroja prontamente su manto sobre el cadáver para ocultarse á sus soldados, á quienes sigue animando con las enérgicas voces de «á el asalto, á el asalto.»

Entraron los infieles en el fuerte de San Telmo; pero cuando ya no quedaba vivo uno siquiera de los caballeros, y cuando ya estaban muertos ó mortalmente heridos los demás defensores; pues solo pudieron distinguirse tres osados nadadores, que á duras penas se salvaban luchando con las ondas del mar.

Mustafá pudo fijar su bandera en aquellas informes y sangrientas ruinas; mas cuando recordó el denuesto



LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES EN SOCORRO DE MALTA.

con que habían sido defendidas y vió los fosos atestados de cadáveres de los suyos, dijo tristemente, señalando á el Borgo donde aun tremolaban las insignias de la órden:

—¿Qué no hará el padre, cuando el hijo, aun siendo tan pequeño, tanta pérdida nos cuesta?

III.

Así que Mustafá estuvo bien posesionado del castillo de San Telmo, y luego que sus tropas disfrutaron algun descanso, envió al Borgo un mensagero intimando al gran maestro la rendición de la plaza y los dos castillos adyacentes, el de Sant-Angelo, y el de San Miguel. Ciento treinta caballeros acababa de perder la

TOMO VII.

órden y también mil quinientos de los mas valientes soldados, el prometido socorro de España era tan tardío que hacia desconfiar de su oportunidad; pero el gran maestro, inmutable en medio de tantas contrariedades, paseó al mensagero por delante de las filas de sus guerreros y de las fortificaciones de la plaza, y asomándole á los fosos profundos que la circundaban, le dijo:

—De todo cuanto has visto, solo estos fosos hemos de ceder á vuestro general; pero han de ser para que le sirvan de sepultura á él y á todos los infieles que vengan á acometernos.

Ofendido, como no podia menos, el orgulloso Mustafá con semejante respuesta y animado con la llegada de Hascem, hijo de Barbaroja, con mil quinientos hombres escogidos entre los valientes de Argel, dispuso inmediatamente un ataque por mar y tierra. El presun-

tuoso Hascem, que aun no conocia á los caballeros de Malta mas que por su fama, se jactó de que entraria en el fuerte espada en mano, y el viejo Mustafá para castigarle ó para aprovechar su ardor, le confió el mando de la columna de ataque, quedándose él con el resto de las fuerzas para apoyarle en caso necesario.

Hascem divide su ejército en dos mitades, poniendo siempre al frente á sus argelinos: confia una mitad y el ataque por mar al corsario Candelisa, y con la otra marcha resuelto á la brecha que le pareció mas practicable, pero es rechazado y lo mismo le sucede en otra, de la que hubo tambien de retirarse en vista del estrago de su gente y con todo el furor de la desesperacion. Candelisa, mas supersticioso, avanza en buen orden con su flota; pero envia delante un barco lleno de alfaquies y sacerdotes mahometanos que piden al cielo la victoria con sus plegarias. El comendador Guimeran, que defendia la costa, sin cuidarse de las plegarias de los alfaquies, ni de las horribles imprecaciones que á los cristianos dirigen, ni de la espantosa gritaria de toda la chusma, ni de los multiplicados disparos que hacen, deja avanzar á los barcos hasta que se hallen bien al alcance de su artilleria, y de una sola descarga echa muchos de ellos á pique, con muerte de cuatrocientos turcos; pero los restantes avanzan, desembarcan, y animados por Candelisa corren á la trinchera. Reciben entonces casi á boca de jarro el fuego de algunos cañones cargados de cartuchos que el comendador Guimeran habia tenido la prudencia de reservar, y es tan terrible entre ellos el destrozo y el desorden, que huyen despavoridos á las naves; pero Candelisa las habia mandado retirar, y entonces los infieles, precisados á vencer ó morir, vuelven con toda la rabia de la desesperacion, y por entre arroyos de sangre y montones de cadáveres de los suyos llegan hasta las trincheras, suben y fijan sus estandartes en ellas. Los combatientes acuden de ambas partes: Mustafá hace avanzar á sus genizaros de refuerzo, y los caballeros son socorridos por el comendador de Giou, y por Quincy, general de las galeras. El combate es cada vez mas terrible, todos los medios de destruccion se emplean á la vez por unos y por otros, y en el puerto, la playa y las murallas, se ven cadáveres, escudos, cascos, y armas de todas clases entre arroyos de sangre. Los enemigos lanzan en medio de los sitiados, barriles sujetos con aros de hierro y llenos de pólvora, balas, cadenas y herrage, cuyo efecto en el momento de la explosion es el mas mortífero, y los caballeros corresponden lanzando á los infieles aros guarnecidos de materias inflamables, que cayendo en medio de las apiñadas filas suelen encerrar dentro de su circunferencia dos y tres turcos á la vez, produciendo un espantoso desorden. Los caballeros, á costa de increíbles esfuerzos logran rechazar á los turcos, pero su pérdida es inmensa atendidas las circunstancias. Entre los cadáveres de los defensores de la plaza se cuentan los de cuarenta caballeros; las murallas quedan con brechas considerables y todas las obras exteriores arruinadas: la ciudad no puede resistir un nuevo ataque.

La orden celebra capitulo para acordar lo que en tal conflicto debe hacerse, y los dictámenes son variados y estraños, conviniendo la mayoría en la inutilidad de la resistencia. Todo, sin embargo, se estrella en la incontestable firmeza del gran maestro que contesta:

—Si no es posible vencer, aqui es donde se debe morir. Yo á mis setenta y un años y vosotros todos, ¿á donde iremos á acabar mas gloriosamente nuestros dias en defensa de nuestra fé y de nuestra orden?

Los turcos conociendo el apuro de los sitiados, preparan el último y decisivo ataque; levantan mas baterias, acercan mas las trincheras y parapetos, elevan una plataforma que domine á la muralla, construyen pontones para los fosos, y ordenan sus huestes para el

asalto. Pero de improviso una estraña agitacion se advierte en todo el campo, las filas se descomponen en tumultuoso desorden, y con asombro de los caballeros que desde la muralla lo observan, los turcos huyen á las naves como poseidos de terror pánico, se embarcan en ellas y se hacen á la vela con tal precipitacion que dejan abandonados en tierra la artilleria y otros efectos.

Era que habian desembarcado ya en la isla, y por donde los turcos menos lo esperaban, los tercios españoles que el rey don Felipe II enviaba al fin al socorro de Malta.

IV.

Todas las apariencias eran de que el sagaz don Felipe II rey de España, habia de propio intento retardado el enviar á Malta el prometido socorro, hasta que debilitado el ejército de los turcos con la heroica defensa que no podian menos de hacer los caballeros, fuese mas seguro y menos costoso el triunfo de los españoles. Pero llegó por fin el calculado momento en que el rey don Felipe envió órdenes perentorias á su virey en Sicilia, y éste envió á la isla de Malta seis mil hombres de los mejores tercios, á las órdenes de don Alvaro de Sande y de Ascanio de la Corna. En el 7 de setiembre desembarcaron con felicidad los españoles en el punto opuesto al puerto en que los turcos les esperaban, teniéndole ademas cerrado con cadenas, estacas bateles, etc.

Grande fué el disgusto de los españoles, cuando al llegar á la plataforma de una escarpada montaña, vieron en alta mar á la armada de los turcos, retirándose de la isla. No estaban satisfechos aquellos veteranos con que su presencia ahuyentase á los turcos, ni creian cooperar activamente al socorro de Malta, si no vencian en campal batalla á los infieles que osaran profanarla; pero este deseo que parecia irrealizable, se les logró bien pronto, viendo á los turcos maniobrar para volver á la isla en la que no tardaron mucho en desembarcar.

Corrido estaba el viejo Mustafá, así de la precipitacion con que se habia embarcado, como del infundado terror que á sus tropas habia sobrecogido; por eso cuando se convenció del escaso número de los españoles, mandó volver á tierra, y se dirigió intrépidamente á la roca en que aquellos estaban. Era tan considerable el ejército de los turcos, que á pesar de las muchísimas pérdidas que habian sufrido, todavia presentaban diez y seis mil hombres en sus líneas de batalla; razon por la que se deliberó en el campo español, si convendria estarse á la defensiva, y esperar el ataque del enemigo en aquella montaña escarpada; mas cuando acercándose los infieles, llegaron á oidos de los españoles los insultantes gritos de aquellos mismos á quienes sola su presencia habia ya puesto en fuga, no fueron dueños de contenerse, y dando el ejemplo don Alvaro y demas gefes, bajaron de la montaña y cayeron sobre los turcos con el impetu y el rencor de las hambrientas fieras que desde la sierra se precipitan sobre el rebaño que ocupa la llanura.

Los turcos hicieron poca resistencia, y dieron muestras de que no les habia abandonado su primer terror. Al desorden sucedió la fuga y en la fuga matanza espantosa. Los oficiales turcos furiosos al ver la mengua de sus soldados á quienes no pueden contener, degüellan á muchos con sus cimitarras, y Mustafá, que sabedor de la suerte que le espera ante el gran sultan, hace inauditos esfuerzos para evitar la derrota, es desconocido, atropellado y derribado por dos veces del caballo, llegando hasta la playa envuelto entre el tropel de fugitivos. Estos, siempre perseguidos por los arcabuceros

españoles, se precipitaron á sus chalupas y fueron á ocultarse en sus naves, dejando en los campos y en la playa hasta dos mil hombres muertos ó heridos. Los españoles, de los que solo murieron catorce, permanecieron en la costa, hasta que desaparecieron para siempre los miserables restos de la flota poderosa que con intentos de avasallarla, habia llegado á la isla de Malta.

V.

Cuando los españoles entraron en la ciudad, espectáculo sublime de dolor y de heroismo fué el que se presentó á su vista. En medio de ruinas humeantes y de casas desplomadas, y por entre cadáveres medio cubiertos por los escombros, aparecian algunos habitantes con los vestidos rasgados y en desorden, lanzando gemidos, ó guardando el silencio de la desesperacion. Y sin embargo, todavia habian hallado fuerzas, así soldados como habitantes, mugeres y niños, para inutilizar los trabajos del enemigo desde el momento de su desaparicion, demoliendo las trincheras y parapetos, cegando los fosos y reparando las fortificaciones de San Telmo, adonde inmediatamente pasaron los caballeros para que los turcos antes de perder de vista la isla, pudieran dis-

tinguir con despecho el estandarte de la orden de San Juan, que volvia á ondear sobre aquellas ruinas á tanta costa ganadas y que despues era forzoso abandonar.

Los españoles, lejos de recibir, tributaron todos los honores militares á aquellas ilustres victimas, á aquellos heroicos caballeros que sobrevivian á tanta catástrofe; pero que pálidos, destigurados y con la barba y cabellos en desorden parecian espectros escapados de la tumba. Don Alvaro de Sande los presentó á sus soldados como el modelo mas perfecto del valor heroico y del honor militar, que les habian de grangear en breve la admiracion y aprecio de todas las naciones de Europa. Pronto se difundió por todas ellas la noticia de la defensa de Malta, hecha por un corto número de caballeros contra el mas soberbio y poderoso monarca de la tierra que habia jurado su exterminio. De todas partes le llegaban al gran maestre felicitaciones y testimonios de aprecio, y el rey de España, bien enterado de cuanto habia sucedido, destinó cierta suma para reparar las fortificaciones arruinadas, y envió un embajador que presentase al gran maestre una espada y una cimitarra con el puño de oro macizo y guarnecido de diamantes, como una prueba de gratitud y respetuosa admiracion.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LAS CHINAS.

CARTA.

Infanticidio.—El emperador Chi-Hoang-Ti.—El nacimiento de un niño.—El nacimiento de una niña.—Los niños abandonados.—La Obra de la Santa infancia.—Los pies pequeños.—El departamento de las mugeres.—Pan-Hoei-Pan, ilustre literata.—Los deberes de la muger.—Historia de Cándida.—Conclusion.

Querida Eugenia: con mucha frecuencia habrás debido encontrar en tu tránsito á esas tímidas niñas que vemos marchar de dos en dos, en días solemnes, bajo la custodia de algunas de esas benéficas mugeres que se han entregado en este mundo al saludable ejercicio de la caridad.

Sin duda habrás observado como yo que las educandas de nuestras piadosas hermanas llevan casi siempre sus ojos fijos en la tierra; sin embargo, algunas veces los levantan al cielo, porque saben que solamente allí pueden encontrar una fuerza, un apoyo contra la idea de su aislamiento en la gran familia humana. Su traje, modesto y severo á un mismo tiempo, armoniza perfectamente con el aspecto melancólico que las distingue: por este sencillo relato, habrás conocido, amiga mía, que me refiero á las desgraciadas huérfanas de la Inclusa.

Si la presencia de estas infortunadas produce tan viva impresion en nuestros corazones, á pesar de la confianza que debe tenerse en las madres providenciales que las guían, en la sociedad que las protege, ¿cuánto no debe entristecernos reflexionar que existe un pais sobre la tierra donde no conmueve el abandono de los

niños, y donde este crimen se considera como la cosa mas natural del mundo? Este pais es la China.

Cuando estas infelices criaturitas nacen de padres ya cargados de hijos, se sacrifican los últimos que nacen, bien esponiéndolos en los caminos públicos, bien precipitándolos al mar; pero lo mas extraño de esta bárbara costumbre, es que semejante crueldad no se ejerce mas que contra las niñas, á las cuales se abandona bajo el pretexto de que su falta de inteligencia es un obstáculo para que puedan adquirirse por si propias medios de existencia.

Hoy, gracias al cielo, estos crueles atentados se renuevan con menos frecuencia que en otros tiempos.

Por todas partes donde el cristianismo ha plantado la cruz, desaparecen las tinieblas de la ignorancia, se ilustran los entendimientos y llegan á ser mas dulces las costumbres.

Los valerosos apóstoles que han ido á ese pais, arrojando mil y mil peligros para propagar la luz de la fé, se han horrorizado de esta costumbre cruel, y en su inagotable solicitud, se apresuran, en cuanto pueden, á recoger estas victimas para bautizarlas, con objeto de convertirlas en santas mugeres aquí en la tierra y en ángeles del cielo.

Pero por grande que sea la caridad de los misioneros, se concibe facilmente que no podrán con sus solos recursos rescatar todos los años los millares de inocentes criaturas condenadas á muerte desde su nacimiento. Sin embargo, para cumplir mejor esta grandetarea, han convidado á todo el mundo cristiano á tomar parte en ella, y su celo ardiente por la salvacion de las almas ha creado aquella benéfica institucion á la que llaman *Obra de la Santa infancia*.

Lo que habia oido decir respecto á la supuesta nulidad de las pobres chinas me inspiró el mas vivo deseo de instruirme, de enterarme de una manera satisfacto-

ria de su desgraciada condicion; me despedí de mis lápices y de mis bordados, me encerré en el gabinete de mi padre, desarreglé sin compasion todos los libros de su biblioteca hasta que hallé lo que buscaba; hé aqui lo que he podido indagar.

En primer lugar debo hablarte del tiempo en que comenzó entre los chinos el abandono de los niños. Se pretende que fué bajo el reinado de cierto emperador llamado *Chi-Hoang-Ti*, fundador de la dinastia de los Tsin; era un hombre orgulloso é inhumano: quiso destruir las antiguas costumbres hácia las cuales se ha mostrado siempre tan celoso este pueblo; también quiso quemar todos los libros antiguos para borrar el recuerdo de lo pasado, y á un gran número de literatos que pretendían conservar religiosamente los anales de su país, á pesar de la voluntad del soberano. De suerte que los derechos

de la nacion perecieron bajo este reinado con los hombres valerosos que se espusieron por defenderlos. *Chi-Hoang-Ti* se apoderó de las tierras del imperio y las distribuyó segun su capricho, arruinando de esta manera á los legítimos poseedores.

El tirano, que los temia aun, por causa de su gran número, los obligó á abandonar sus residencias y á trabajar, bien en la grande muralla que mandaba edificar entonces, bien en los arcos triunfales, que por su mandato se levantaban á su gloria, que él creia interminable.

Estas obligatorias emigraciones ocasionaron hambres horribles, que precisaban á los padres y á las madres á deshacerse de aquellos hijos que ya no podían alimentar. El infanticidio fué por consiguiente el triste resultado de las guerras, causas inherentes á la miseria pública, y este infanticidio se ha perpetuado hasta nues-



TRAGES CHINOS, MANDARINES, BONZOS.

tros dias. El abandono de los recién nacidos es todavía tan considerable, que todas las mañanas se encuentran diez ó doce lo menos espuestos en las calles de Pekin. Aun no he terminado, querida amiga, acerca de las condiciones de este inhumano emperador. Quiero que sepas con gusto, que *Chi-Hoang-Ti*, que se lisonjeaba de fundar una dinastia eterna, fué engañado en sus esperanzas, pues su hijo, que le sucedió, perdió el trono y la vida despues de algunos años de reinado.

No habían trascurrido cincuenta años desde que el cetro cayó en manos de Tsin, cuando ya reinaba en la China otra familia imperial; esta echó por tierra los trofeos de *Chi-Hoang-Ti*, condenó su nombre á la execración y mandó buscar los libros antiguos, que se habían libertado del incendio, para esparcir copias por todo el imperio. Pero volvamos á los pobres niños abandonados.

Para aminorar cuanto es posible el sentimiento de horror que debe inspirar el asesinato de tantas criaturas inocentes, los chinos, en su profunda hipocresia, se proponen probar que el infanticidio no es otra cosa que

una medida de administracion paternal, un medio de economía política, en atencion, suponen ellos, á que la poblacion china escude al número de los productos del suelo; pero á pesar de estos singulares razonamientos, se ha demostrado de un modo positivo por los que vituperan esta horrible costumbre, que el sistema de despoblacion no produce en favor de los vivos el fruto que se espera, pues no impide que se vea en China una innumerable cantidad de desgraciados que caen hambrientos y desfallecidos en las calles mas públicas, y á las cuales nadie tiende una mano benéfica para socorrerlos.

Es cierto que este crimen está prohibido en las leyes inscritas en los libros sagrados, pues como ya te he manifestado, solo las niñas son las perjudicadas; en cuanto á los varones se los considera como seres dotados de un entendimiento superior al nuestro, y por esta injuriosa suposicion deben la preferencia. Piensan que se bastan á si propios para proporcionarse una dichosa existencia, que un trabajo productivo será el

premio del cuidado que ha costado criarlos, y en fin, que tal vez contribuirán, por alguna accion brillante á la fortuna y á la elevacion de la familia. Esta es la razon por la que el nacimiento de un niño en China, es saludado con extremos de alegria, al paso que la casa donde nace una niña se llena de luto y consternacion. A un niño se le honra, se le quiere; á una niña, se la desprecia y se la recibe con desdenes.

He aquí un pasage del *Chi-king* (el libro de los cantos populares); él te probará, amiga mia, al extremo á

que se llevaba en la antigüedad esta injusta prevencion contra las niñas del Celeste imperio. Los versos dicen así.

«Cuando nace un niño, duerme en un lecho; se le viste con buena ropa; para jugar se le dá un cetro; sus lágrimas originan los clamores de la familia. Se le viste de púrpura como á un gefe supremo, pues es el rey de la casa.

«Cuando nace una niña, duerme en el suelo; se la viste con harapos; para jugar la dan una teja. La niña



MUGER CHINA EN LA PRESENCIA DE UN MANDARIN.

es incapaz de hacer mal; es incapaz de hacer bien. Su ejercicio es preparar la comida; no causa á sus padres ni alegria ni inquietud.»

¡Pobres mugeres! Todo se les niega; cuando son niñas carecen de las tiernas caricias de una madre, cuyos cuidados consagran únicamente á sus hijos; cuando son adolescentes, las privan de los trabajos de la inteligencia que elevan el alma y la hacen accesible á nobles emociones. Y sin embargo, esta educacion tan embrutecida como nos parece hace nacer en ellas las mas dulces virtudes; la modestia y la abnegacion. Acostumbradas

á la humildad por el poco caso que se hace de ellas, privadas de lo que tanto lisonjea nuestro orgullo, es decir, los aplausos del mundo, las chinas, cifran su gloria en el entero cumplimiento de los deberes en el seno de la familia.

En el comentario chino donde se hallan los versos que ya he citado, el desprecio hacia la muger se esplica de una manera no menos estraña. Dice: «Si hace el bien no es una muger; si hace el mal no es una muger, puesto que no posee ni vicios ni virtudes. Una sumision de esclava es su mérito, su mas alto valor: el lugar que

ocupa el hombre está en medio de la confusión del mundo; el lugar que ocupa una mujer está en el interior de la casa: queden, pues, ambos seres, en la esfera que el dueño del cielo les ha destinado, y se observará el orden natural de las cosas.»

En todos los libros que he recorrido, se encuentra como opinión establecida, y que no es posible combatir, la superioridad del hombre sobre la mujer. Aquí leo: «Los niños duermen en el lecho, porque son seres superiores: las niñas duermen en el suelo, porque son criaturas de orden inferior.»

En otra parte leo: «La mujer ha nacido para servir al hombre; debe, pues, vivir y morir con él.»

Cuando muere el marido, la viuda recibe el título de *wei-wang-jin*, es decir, una persona que aun no ha muerto. Conocerás por esto, que procuran espresar, que una viuda no tiene nada que esperar sobre la tierra, á no ser su dichoso fin, que solo puede reunirla al esposo que ha perdido. Despues de esto, solo me resta añadir, que en la China, es una vergüenza que una mujer vuelva á casarse. En el primero de los libros sagrados de los chinos el *Y-king* (libro de las combinaciones simbólicas), se lee: «El príncipe celeste ha formado al hombre, y el príncipe terrestre ha formado á la mujer: y en consecuencia de estas palabras han escrito los filósofos: «El hombre es superior á la mujer, pues el cielo es macho y la tierra hembra.»

He querido darte estos pormenores, querida Eugenia, con el objeto de demostrarte por qué razón los chinos no tienen compasión de sus hijas; ahora proseguiré la historia del infanticidio.

En los tiempos antiguos, los crueles adoradores de Moloch inmolaban sus hijos sobre el altar de los dioses, para que se mostrasen favorables á sus súplicas, y como dicen los poetas: «Daban el fruto de su cuerpo para borrar los pecados de su alma.» Hoy todavía, nos dicen los misioneros, que reina entre los chinos una superstición casi semejante: echan sus hijas al río despues de haber atado á sus espaldas una calabaza grande silvestre y vacía, de modo que las pobres criaturas flotan por encima de las aguas mucho tiempo antes de espirar. El primer pensamiento que se nos ocurre al considerar esta acción, es que los padres, no pudiendo alimentar á sus hijos han apelado á este triste recurso para que los gritos de estas víctimas desventuradas esciten la compasión y traten de salvarlas del peligro de que se ven amenazadas; pero no es tal la intención de estos espíritus groseros, y las infortunadas criaturas así sacrificadas, no son mas que holocaustos ofrecidos, segun el orden de los oráculos, al genio del río, por los padres supersticiosos. Cuentan que un mandarín, indignado de un fanatismo tan cruel, mandó echar sucesivamente en el río Kiang, á los autores y á los cómplices de semejante sacrificio, rogándoles con ironía, que llevasen sus cartas y sus súplicas á la divinidad del río.

Para socorrer á las inocentes víctimas, que por exceso de pobreza ó por otros motivos, los padres esponen en las calles de Pekín, he aquí los medios que ha creído conveniente emplear el gobierno chino.

Todos los días, antes de la aurora, recorren los diferentes barrios de la ciudad cinco chirriones tirados por buyes. Por cierta señal se conoce al momento por donde pasan estos chirriones, y aquellos que tienen niños vivos ó muertos que esponer los entregan á los conductores de estos siniestros carruages para que los lleven al *yu-yu-tang* (casa de caridad), donde las nodrizas y los médicos son sostenidos á expensas del Estado. Los niños que se sacan de los chirriones se entregan inmediatamente á las nodrizas, aunque el número de los que respiran es muy poco numeroso. Se concibe fácilmente que tal medio de conducción, en una

edad tan tierna, no es para estas débiles criaturas mas que una lenta y dolorosa agonía. Los que fallecen durante el tránsito, se colocan en una especie de cueva y los cubren con cal viva para que sus carnes se consuman pronto; todos los años por la primavera, los comisarios enviados por el tribunal de las ceremonias y de los ritos, mandan hacer una hoguera adonde se arrojan los restos de estos cuerpos para reducirlos á ceniza.

Durante esta escena, algunos bonzos rodean la hoguera, é invocan á los espíritus de la tierra.

Los chinos creen en la metempsicosis, y si quemam los huesos de los niños muertos es porque están en la firme persuasión de que estos pequeños seres volverán á nacer bajo distinta forma, de suerte que por humanidad imploran á las divinidades terrestres que les sean mas propicias en el segundo estado que en el primero. Cuando han terminado las súplicas, se retiran, y los magistrados vienen al día siguiente á presidir la otra ceremonia que consiste en recoger las cenizas en un saco y arrojarlas al río invocando á los dioses.

Los hospitales de los niños abandonados, en China, son accesibles á todo el mundo, y muy frecuentes las adopciones de los huérfanos por los visitadores, pues nada es mas triste para un chino que la desconsoladora idea de no dejar un heredero de su nombre, que continúe su raza y le haga los honores fúnebres en la sala de los antepasados. Segun las leyes de este país, el huérfano que queda sin apoyo sobre la tierra, puede encontrar una fortuna, un nombre, una familia, en fin todos los bienes que habia perdido, puesto que conceden al niño adoptivo los derechos de un verdadero hijo; pero es necesario añadir, que las desgraciadas niñas participan raramente de esta costumbre, pues casi siempre son niños los que se adoptan.

Sucede á menudo, que algunas madres pobres, que se ven obligadas por la miseria á separarse de sus hijos, van á confiarlos á personas compasivas, que en ciertas ocasiones se encargan de su educación; pero cuando se les niega este consuelo pasan á depositarlos furtivamente á un templo ó á un monasterio, porque saben que al tiempo de recogerlos, los inscriben en el registro de la casa, y en cierto día pueden los padres reclamarlos.

Los bonzos, ó sacerdotes de Fo, se aprovechan de esta circunstancia para llenar sus claustros de religiosos budhistas, al paso que los católicos, siempre animados por la caridad evangélica, educan á estas niñas en el amor del Señor, y luego las entregan por mugeres á los chinos convertidos, y de esta manera aumentan el número de los servidores del verdadero Dios.

Aun me queda que manifestarte una cosa bien horrorosa y que el corazón se negaría á creer si no estuviese atestiguada por escritos muy respetables. Aseguran que estas infortunadas criaturas espuestas en los parques públicos son algunas veces recogidas por hombres avaros que no cuidan de su infancia, sino con la esperanza de sacar mas tarde de ellas una ganancia sordida, bien vendiéndolas como esclavos, bien obligándolas á pedir limosna despues de haberles sacado los ojos con el objeto de escitar la compasión de los transeúntes.

Sin embargo, no todos los chinos participan del instinto cruel con respecto al infanticidio: se encuentran estas bellas palabras en una obra que se titula: *Discurso contra el uso de ahogar los niños*.

«Vosotras mugeres, vosotras sois, no obstante, las hijas de los hombres; vosotras, madres, vosotras sois tambien las hijas de los hombres; pero si os atreveis á poner la mano sobre vuestra propia sangre, no sois ni hijas, ni madres. El tigre feroz no se come á sus hijos, porque el bruto cruel conoce el amor de su progenitu-

ra, pero las madres que matan á sus hijas, son mil veces mas crueles que las lobas y las tigres.»

Para hacer que olvides algun tanto los dolorosos pensamientos que habrán podido inspirarte estas esplicaciones, pienso hablarte de un asunto del que ya te he indicado algunas palabras: me refiero á las virtudes modestas de las mugeres chinas y á la educacion que les dan.

Cuando han llegado á la edad de siete años, se separan inmediatamente de los muchachos; no las permiten ya comer con ellos, ni aun sentarse en su misma estera; aunque hoy es menos severa esta costumbre que en tiempos antiguos, está todavia en uso en todo el imperio; lo mismo entre la clase baja que entre la clase alta, se encierran á las niñas de siete años en un aposento interior, del cual no deben salir mas que el día de su casamiento.

Allí, siempre bajo la inspeccion de sus madres ó sus hermanas adquieren todas las cualidades que pueden hacer á una muger amable y buena, y asegurarle el afecto de aquellas personas que la rodean.

Para comprender mejor en que consiste la educacion de las mugeres en China, será preciso decir antes que no hay allí, como aquí, bailes, saraos, conciertos ó reuniones, donde se encuentra tan á menudo la ocasion de desplegar las gracias del talento y de la persona. La jóven ó la muger retirada en su interior no puede tener ni vanidad, ni coqueteria; si se compone ó se alinda, es para su familia; el universo, la felicidad, todo para ella está solamente allí.

Probablemente habrás leído algo respecto á la ridicula costumbre que tienen los chinos de aplastar los pies á las niñas para hacerlos mas diminutos y delicados. Pues sobre este particular, querida amiga, me contentaré con referirte fielmente las reflexiones del sabio padre Aniyot, célebre misionero en China.

«La mania de oprimirse el cuerpo para tener un talle fino y delicado, no es menos estravagante que la de apretarse los pies para hacerlos mas pequeños; sin embargo la primera es mucho mas peligrosa.

«No sabemos si la historia de Occidente se ha encargado de indicar cuando y cómo ha tenido principio esta costumbre; la de la China no dice nada acerca del origen de la moda que consiste en comprimir los pies de las niñas; pero suponemos que la incomodidad de los antiguos vestidos de las mugeres europeas las habrá obligado á apretarse la cintura á fin de que la parte superior del cuerpo estuviese resguardada del frio; pero la idea de agradar y de componerse habrá venido en seguida, y como las mugeres las reciben á menudo sin examinarlas, una invencion para cuidar la salud, se habrá convertido bien pronto en un atentado contra la misma salud, y algunas veces contra la vida:

«Lo mismo ha sucedido en China. En los tiempos mas remotos, las medias se hacian en figura cónica y no bajaban mas que hasta el tobillo; se envolvian los pies con muchos dobleces de tela que se ponian sobre la media y que se ataban luego con cintas bastante largas para venir á anudárselas á media pierna. La aficion á la coqueteria hizo lo demas con respecto á las mugeres y poco á poco se fueron oprimiendo los pies, al estremo de hacerlos semejantes á los de los niños.

«Las chinas no comprenden al ver el diámetro de un corsé como las mugeres de Occidente pueden vivir y respirar, pero tampoco aquí se concibe al considerar la estremada pequeñez de los zapatos chinos, cómo pueden andar las personas que los llevan.»

Cuando una señorita china se halla en estado de casarse, el código de las leyes ha prescrito cinco casos por los cuales no puede contraer esponsales.

1.º Si pertenece á una familia cuyas costumbres sean reprobables.

2.º Si es de una familia de rebeldes.

3.º Si hay alguno en su familia que haya muerto en un suplicio.

4.º Si existe en su familia alguna enfermedad hereditaria, como la tisis, la locura, etc. etc.

5.º Si ha muerto su hermano mayor.

Pensarás indudablemente que la ley ha querido decir que habiendo muerto su hermano mayor, una hija no debe casarse para prodigar con mas libertad los cuidados á sus padres; pero no es por esta razon por la que se la condena al celibato; es únicamente porque á falta de este hijo el yerno tiene obligacion de mantener al padre y á la madre de su muger.

Los conciertos entre las familias se efectúan sin que los novios se hayan visto jamás. Cuando el astrólogo ó el adivino decide que no hay inconveniente en el casamiento, se consulta el almanaque donde aparecen inscritos los dias de buen agüero ó mal agüero, y se escoge un día dichoso para la celebracion. En seguida conducen al yerno á la sala principal de la casa, donde halla á su suegro y á su suegra sentados en una especie de trono; se prosterna respetuosamente delante de ellos, y de regreso á su casa manifiesta á sus padres su gran reconocimiento por la muger que le han escogido, para lo cual hace tres profundos saludos, que pasa luego á renovar á todos los miembros de la familia.

Cuando llega el día del casamiento, el futuro esposo se adorna con sus mejores vestidos y va á buscar á su muger desplegando una grande magnificencia.

Al entrar en la morada de su prometida esposa se prosterna de nuevo delante de su suegro y de su suegra, y al despedirse la jóven de su familia se renuevan las prosternaciones.

Estas reverencias, amiga mía, me parecen muy ridiculas y no sé como calificarlas. Es muy cierto que el respeto que manifiestan á sus padres es tan natural que no tiene necesidad de elogios, pero llevado á tal estremo me parece que estingue la verdadera ternura. Creo explicarme ahora, lo que los chinos comprenden por la piedad filial, que ellos consideran como la base de todas las virtudes, es una sumision de esclavo y no un repetuoso amor lo que demuestran; nuestros padres no exigen tanto de nosotros, y me lisongeo con la idea de que los queremos mas.

Al dejar la casa donde ha pasado la infancia de la muger entra en una silla de manos cuidadosamente cerrada y adornada con elegancia: su marido marcha algun tiempo á su lado, pero despues la deja para ir á esperarla al umbral de su casa y conducirla á la presencia de su padre y de su madre, delante de los cuales ambos se arrodillan.

Durante la comida los recién casados cambian muchas veces de vasos y de copas.

Un mes despues de la celebracion de las bodas llevan á la jóven esposa á casa de sus padres, acompañada del marido, que la deja en poder de su familia por espacio de cuatro ó cinco semanas.

Todo este tiempo debe volver á tomar sus ocupaciones de niña, servir á sus padres como lo hacia antes de haberse casado; pero si despues, por alguna circunstancia vuelve á visitar el techo paterno entonces ya no se la considera sino como á una estraña.

Tenemos á nuestra china bien casada; pero su marido, ¿tiene obligacion de estar á su lado siempre? No: la ley ha previsto siete casos por los cuales puede un chino separarse de su muger.

He aquí por lo que debe ser repudiada:

1.º Si no obedece al padre y á la madre de su marido.

2.º Si es estéril.

3.º Si observa una conducta inmoral.

4.º Si padece algun mal incurable.

- 5.º Si es celosa.
- 6.º Si es viciosa.
- 7.º Si habla mucho.

Cuando la mujer ha dejado á sus padres por la segunda vez y que ha entrado bajo el poder de su marido, á quien debe una perfecta obediencia, si quiere ganarse el cariño de aquel que ha llegado á ser árbitro de su suerte, debe mostrar el mas grande respeto hacia su suegro y su suegra, y cumplir con ellos todos los deberes de una sumision filial.

La ley fundamental de la subordinacion de las mujeres en China, dice:

«La mujer ha nacido para obedecer y no para mandar; niña obedece á sus padres, mujer está sometida á su marido; viuda y madre tiene por jefe á su hijo mayor; debe dejar al hombre los cuidados exteriores pues ella ha nacido para los deberes domésticos.»

Por estas palabras, y especialmente, segun ciertas obras escritas por los europeos respecto á las costumbres chinas, podrías acaso creer, querida Eugenia, que las mujeres en este pais, por lo general son tratadas como esclavas; pues varia tu juicio; lo que refieren los misioneros que en otro tiempo han vivido en Pekin, por la autorizacion y hasta por la amistad del emperador, probarán, al contrario, que el mérito y las dulces virtudes tienen tambien allí su recompensa, y para decirlo de una vez, quizás no haya un pais sobre la tierra donde las mujeres gocen tantas consideraciones, crédito y ascendiente como en la China. Solo en este pais, para obtener, es preciso merecer.

La razon del afecto y las consideraciones que se las tiene, ¿no es concebible? Por lo mismo que reconocen su debilidad, es menester sostenerlas. Es indudable que

las chinas deben obediencia á sus padres, á sus maridos y á sus hijos; pero un padre, un esposo y un hijo les confían lo que tienen mas precioso: confían enteramente á ellas el cuidado interior de la casa, y no emprenden nada en el mundo sin consultar antes con ellas; se imponen privaciones para adquirir su descanso; es inagotable la confianza que tienen respecto á ellas, jamás les ocultan un secreto, á no ser alguno que las pueda entristecer, porque prefieren soportar solos el grave peso del dolor á dividirlo con los seres á quien tanto aman.

Para dar á sus compañeras los sentimientos de abnegacion y de humildad necesarios á una existencia consagrada casi siempre al retiro, los chinos las quitan, por decirlo así, todos los medios de instruccion. Apenas les consienten que sepan leer, pero estas activas mujeres tienen bastante con ocuparse del gobierno de la casa, y les faltaria tiempo para consagrarse á la lectura. Por otra parte, ¿qué leerian? En China no hay como entre nosotros periódicos literarios, ni papeles públicos que exciten su curiosidad, ni que hablen de las producciones de los grandes ingenios. La *Gaceta del imperio*, no habla nunca mas que de obras graves, cuya ejecucion ha confiado el emperador á los literatos, miembros de la *Seleva de los pinceles*, (la academia del imperio).

Ya sabrás que con la ayuda de un pincel dibujan los chinos los caracteres simbólicos de que se compone su escritura; y ya que hablamos de escritura, te diré que aborrecen la nuestra: ¿creerás que la comparan á las señales que dejaria sobre el papel el tránsito de una mosca con las patas llenas de tinta?

AGUSTINA MASON.

(La conclusion en el número inmediato).

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA VUELTA DEL PRESIDARIO.

I.

Orillas del Guadalquivir, en un pueblecillo desde cuyas postreras casas, situadas casi sobre el rio, se descubre clara y distintamente la tan celebrada Giralda, vivia ahora unos treinta y cinco años un artesano llamado Pedro de Llamas. Habiase casado en su primera juventud con una muchacha de su clase, joven laboriosa y honrada, la cual era citada en todo el pueblo como el modelo de las madres y de las esposas, así como su marido era conocido como el mas acabado tipo de la holgazaneria y mala conducta. En efecto, Pedro de Llamas, que antes de su casamiento era un mozo que, á una regular aplicacion al trabajo, reunia una conducta bastante morigerada, trascurridos los primeros años de su enlace con la honrada Brigida, dio en abandonar las ocupaciones de su oficio, y pasaba la mayor parte de su vida en las tabernas, sumergido en la mas criminal y estúpida embriaguez.

Semejante mudanza llenaba de amargura á su infeliz esposa, cuyo trabajo apenas bastaba á su subsistencia y á la de dos tiernas criaturas, frutos tempranos de su poco afortunado himeneo. Con todo las caricias de sus hijos eran bastantes á hacerle sobrellevar sus dolores y miserias; pero aun le faltaba por sufrir la

mas dura prueba; que la Providencia suele amontonar mayor cúmulo de males sobre las almas de sus predilectos, como si quisiera con esto hacer patentes los subidos quilates de su cristiana resignacion y fortaleza.

Contaba el niño mayor cuatro años, y la segunda, que era una niña, tres apenas, cuando una de esas enfermedades epidémicas que diezman casi anualmente la poblacion infantil del mundo, los atacó á entrambos.—El niño mas fuerte ó menos violentamente atacado triunfó del mal; pero la niña sucumbió despues de muchos dias de acerbos padecimientos. Las madres, y sobre todo las madres desgraciadas, pueden solamente tener una idea del dolor que desgarró con aquella pérdida el corazon de la sensible Brigida. Entonces cifró todo su cariño y desvelos en el solo hijo que aun le quedaba, y el cual, en todo aquello de que era susceptible su corta edad, la recompensaba. En efecto, era difícil hallar un niño mas juicioso y mas aplicado que Antonio, cuyo nombre le habia dado su madre en conmemoracion del milagroso santo de quien era muy devota. Acompañaba á su madre á la misa de la mañana en la parroquia del lugar; iba despues á su escuela, y de vuelta á casa ayudábala en cuanto sus débiles fuerzas se lo permitian en las ocupaciones domésticas.

Aun hubiera sido soportable la situacion de aquella honrada mujer, pues su constante laboriosidad, y la proteccion que en vista de su virtud le dispensaban algunas personas piadosas y mas afortunadas que ella, le proporcionaban un cierto bienestar; pero todo cuan-

to, su prevision y trabajo creaban alrededor de su pobre hogar, era destruido cada vez que el menguado Llamas aparecía por la casa.

Así se pasaron bastantes años, y ya Antonio contaba diez y siete. Habíalo aplicado su madre al oficio de carpintero, y era el oficial más hábil y mejor reputado del taller de su maestro.

En este punto de nuestra historia necesitamos presentar á nuestros lectores un nuevo personaje, si bien nos duele traer á la memoria la vida tan corta como desgraciada de una criatura, cuyas sublimes cualidades recordaban aquel tiempo feliz en que los ángeles bajaban á este mundo á compartir las fugaces dichas y agudísimos dolores que Dios en sus inescrutables fines ha dado en patrimonio al hombre sobre la tierra. Era Magdalena una flor de inocencia y de virtud, y como las flores, vivió solo un instante, si bien dejando como ellas detras de sí, aun despues de su muerte, un dulce y regaladísimo perfume.

La madre de Magdalena era viuda de un honrado militar, que perdió la vida en la noble contienda que sostuvo España á principios de este siglo por defender de la invasion estrangera su libertad é independencia. Nacida en una esfera superior á aquella en que entonces vivía, habia venido á establecerse en aquel pueblo, para poder subsistir de la escasa pension que le correspondia por la graduacion que tenia su marido á su muerte. Magdalena vino allí tan pequeña, que para su corazon aquella era su patria. Criada con bastante pobreza y estrechez, tenia sin embargo mucha mas educacion que la mayor parte de las jóvenes del pueblo, y en su porte y modales habia ese no sé qué, tan inexplicable en la apariencia, que revela á primera vista á toda persona distinguida, y que es la barrera mas insuperable que separa á las gentes del pueblo de las de nacimiento mas elevado.

Un incidente fortuito puso en contacto á esta joven con el héroe de nuestra leyenda. Hallábase Magdalena una tarde á orillas del pueblo, en una fértil pradera, en compañía de otras muchachas de su edad con las cuales solia ir á solazarse algunas veces. Por el camino real que corría á corta distancia de allí, acertó á pasar en aquella sazón una manada de toros bravios que traían á Sevilla para lidiarlos en su famosa plaza. Uno de aquellos animales atraído por la algazara que movían las doncellas, por el color de sus vestidos, ó simplemente por acaso, se separó de sus compañeros, y tomando carrera fué á embestir al tímido grupo que sobre la yerba formaban.—Casi todas las amigas de Magdalena, mas animosas ó mas avisadas que ella, echaron á correr, dejándola sola y cara á cara, por decirlo así, con la indómita fiera.—Hubiera sido victima sin duda de su ferocidad, sin el oportuno socorro de un joven del pueblo que allí cerca vió su peligro, y sin vacilar un instante se interpuso entre ella y el toro; y con esa destreza peculiar de los hombres de Andalucía, le estuvo entreteniéndolo hasta que acudieron los ganaderos, y se llevaron al osado fugitivo. No bien se vió libre Antonio, pues no era otro, fué á levantar á Magdalena, que mas muerta que viva del susto, yacía sin movimiento sobre la yerba, y animándola con palabras de cortes cariño, la acompañó hasta dejarla sana y salva en los brazos de su madre.

Desde aquel día no pasó uno sin que la joven viesse á su intrépido libertador, pues no pudiendo éste permanecer insensible á los encantos de Magdalena se habia enamorado ciegamente de ella, y ya con un pretexto, ya con otro, siempre hallaba modo de verla y hablarla.—Antonio era apuesto y valiente; se le citaba en el pueblo como modelo á los demás jóvenes de su edad, y no tenia la rusticidad de la gente de su clase: ¿qué mucho que con estas cualidades, y la gratitud

natural á tan gran servicio como el que á riesgo de su vida le habia prestado, le amase tambien Magdalena? Así sucedió en efecto, y durante un brevísimo intervalo pudieron disfrutar ambos jóvenes de las dulzuras del amor correspondido; pero no duró mucho aquella felicidad. La madre de Magdalena, muger de mundo y esperiencia, no tardó en conocer aquella mútua pasion; y orgullosa como pobre, puso en la puerta al humilde artesano, creyéndolo demasiado indigno para que fuese esposo de su hija.—Entonces empezó para ésta una série no interrumpida de terribles amarguras, que no hay infelicidad mas insoportable que la que sufrimos en el hogar paterno, ni dolores mas amargos que los causados por las durezas é injusticias de las personas que son á nuestro corazon mas amadas.

Desmejorábase y palidecía la joven de un modo visible, y su madre, en vez de templar sus enojos con el espectáculo de aquel dolor tan intenso, airábase mas y mas atribuyendo á mal natural, tenacidad y desobediencia, lo que no era sino desgracia. Juicio común de los humanos que la mayor parte de las veces acostumbran verlo todo al través del mezquino, falso, y sobre todo, injusto prisma del odioso egoismo!

No veía la buena señora ni lo natural que era el amor en la edad de su hija, ni la magnitud del servicio que le habia prestado el valiente joven, ni las buenas cualidades que le recomendaban, ni lo fácil que habia sido que se trocase en dos almas simpáticas la gratitud y la simple amistad en amor. Solo veía una cosa, y era que á una persona de su clase no le estaba bien tener por yerno á un artesano. Y en lugar de procurar combatir en el corazon de su hija un sentimiento demasiado poderoso por si mismo, y mucho mas fuerte aun con la irritacion que producen los obstáculos, por los medios del amor y de la dulzura, tan persuasivos en boca de una madre, tomó el extremo opuesto maltratándola sin cesar, y prodigándole los mas irritantes epítetos acerca de la bajeza de sus inclinaciones y mezquindad de sus miras para lo futuro. Sin conocer la mal aconsejada, que nada encarece mas á nuestros ojos la persona amada á quien con incesante porfía y afectacion se desprecia é injuria, que la injusticia con que vemos que es atacada; y que la natural consecuencia de este absurdo sistema de represion, es que nos esforcemos en recompensar con usura, con nuestro cariño y lealtad, á aquellos que vemos injustamente aborrecidos y vilipendiados, y cuyo único delito es amarnos.

Por su parte Antonio, si bien en su casa era mas feliz, pues en el seno de su madre solo encontraba esperanzas y consuelos, no por esto era menos desgraciado que su amante. Por la primera vez de su vida se avergonzaba de la humildad de su clase y ocupacion; veíase humillado á sus propios ojos con el desprecio de la madre de Magdalena, y se echaba en cara los tormentos que aquella sufría por no haber él calculado á tiempo la distancia que los separaba.

Dió en andar triste y distraído, y como comenzó á descuidar sus tareas colidianas, su principal, que al principio se contentó con hacerle amigables advertencias, acabó un día por decirle dura y severamente que si no se enmendaba, se veria en el caso de despedirle de un taller en el cual habia sido por largo tiempo el modelo de todas las virtudes del artesano, y ahora se habia convertido en el mas acabado tipo de la indisculpable negligencia. Los males morales como los físicos comienzan agriando el carácter, y acaban por desfigurarlo del todo; así le sucedió á Antonio. Lo que en otras circunstancias le hubiera parecido justo, entonces le pareció efecto de la mas injusta prevencion y la mas insoportable tirania; replicó con demasiada altivez á su protector; éste montó en cólera, y el altercado acabó como debia acabar, con la despedida del mancebo de

aquella casa en donde habia aprendido su oficio, y en la cual habia sido tan estimado. Semejante suceso, sabido muy luego, y comentado é interpretado con esa malignidad peculiar de las poblaciones reducidas, perjudicó mucho á la reputacion de Antonio. Era, sin embargo, demasiado buen oficial para carecer absolutamente de trabajo, y lejos de esto, tuvo al principio excelentes proposiciones de varios directores de establecimientos análogos, con uno de los cuales no tardó en colocarse

II.

Pero aquella colocacion duró poco.—Las distracciones de Antonio eran tan continuas, y las frecuentes disputas que su genio cáustico y gruñon movia en el taller eran tan perjudiciales, que decidieron al fin á su nuevo principal á despedirle.

Entonces ya le fué imposible hallar colocacion fija, pues aquellos dos escándalos sucesivos habian destruido su crédito para con los directores de aquel género de trabajos. Sin embargo, aun pudo durante algun tiempo encontrar de cuando en cuando algo que hacer, con lo cual seguia ayudando á su madre en su trabajosa vida. Pero por desgracia de entrambos, en uno de aquellos ataques de melancolia que se apoderaban del jóven, vino su padre á pasar como solia algunos dias en su abandonado hogar. Aquel hombre se habia endurecido en el vicio, y estimaba como una ruindad de carácter en su hijo la buena conducta y moderacion que hasta entonces habia observado. Viendo su abatimiento y la ociosidad en que entonces vivia, le pareció favorable coyuntura para arrastrarle en el fango en que él mismo estaba sumergido; y aconsejado el mísero jóven de su desesperacion, no tardó mucho en seguir á su infame padre á esos lugares de prostitucion en donde la flor de la virtud se marchita y deshoja tan breve y fácilmente a los corrompidos miasmas del vicio.

Entretanto, la amante infeliz y la mucho mas desgraciada madre, lloraban en silencio su espantosa desventura. ¿Qué desgracia puede ser comparada á la desgarradora necesidad de despreciar á la persona amada? —Pero estaba escrito que aquel terrible estado no seria aun el límite del dolor de aquellas dos desventuradas mugeres; que así como, aunque bien rara vez en esta tierra de lágrimas y miserias, se suelen eslabonar las dichas y placeres de modo tal, que cuando nos juzgamos llegados al apogeo de la humana felicidad, cada hora sucesiva, cada nuevo instante, nos trae nuevas y deliciosas sensaciones; y nos asombramos de hallar en nuestro corazon tan inmensa facultad de sentimiento, y no acabamos de comprender como nuestro ser mezquino y limitado puede tener tan vastísimo tesoro de ocultas sensaciones que hasta entonces desconocíamos; así, en el dolor, vemos multiplicarse hasta lo infinito en nosotros el poder de sentir, y con doloroso espanto vemos y tocamos lo que nuestra naturaleza tiene de divina, cuando no sucumbe á tan numeroso cúmulo de amargos pesares y funestísimas desventuras.

Por aquel tiempo vino al pueblo de nuestros héroes un regimiento de guarnicion, en el cual servia un sobrino de la madre de Magdalena. El capitán Pedraza era un oficial de distinguida reputacion entre sus compañeros, pues nadie poseia en grado superior las prendas del soldado y del caballero. A estas cualidades reunia el capitán una conducta ejemplar á su edad, pues la severidad de sus costumbres era casi fabulosa, sobre todo en su carrera. Inútil es decir que en un pueblo tan pequeño, y absolutamente destituido de espectáculos públicos, consagraba el capitán el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones y lecturas á sus cercanas parientas, cuyo trato frecuentaba no solo por gusto, sino por recurso. Aquellas visitas tuvieron muy luego un objeto para los chismógrafos del pueblo. El capi-

tan era jóven y buen mozo; la viuda tenia una hija hermosísima; ¿podia haber nada mas claro que el interes que llevaba allí al jóven militar?

Estos rumores no tardaron en llegar á oídos del padre de Antonio, el cual creyó que nada podia hacer mejor que participárselos á su hijo, exornándolos ademas con varias ampliaciones y comentarios de su propia cosecha, que no podian menos que hacer subir al último punto la exasperacion del desgraciado mancebo. Así sucedió en efecto, y desde aquel punto comenzó á revolver en su imaginacion el medio mas fácil de tomar una venganza horrible de la muger que le vendia y de su favorecido rival. Afortunadamente para ambos, un incidente inesperado le hizo ver lo injustos que eran los informes que le habia dado su padre.

Resuelto Antonio á vengarse, sin reparar en los medios, se decidió al fin á esperar al capitán una noche, y asesinarle á la salida de casa de Magdalena. La noche que habia señalado para la ejecucion de su proyecto era una noche del mes de setiembre, oscura y lluviosa por demas. Paseábase el mal aconsejado mozo recatadamente por delante de la casa de su amada, cuando le llamó la atencion el ruido de una conversacion que en una de las ventanas resonaba. Acercóse Antonio casi de rodillas protegido por la oscuridad hasta colocarse debajo de la ventana, y allí reteniendo el aliento, oyó distintamente el siguiente diálogo:

—No, primo mío, decia Magdalena. Jamás me casaré á disgusto de mi madre, pero tampoco daré mi mano á un hombre á quien no pueda amar.—Yo soy una muger honrada, y no quiero engañar á nadie.

—Pero, Magdalena, ese chico á quien amas, es un hombre absolutamente pervertido.—Dicen que no sale de las tabernas.

—Será cierto, pero yo nunca podré amar á otro hombre.—Ademas, ¿quién me asegura que ese estravió de su razon no sea efecto de su amor por mí?

—Pero, prima...

—No insistas, mas, te lo ruego. Yo he obedecido á mi madre no viéndole, no hablandole; he hecho cuanto podía: no puedo mas! Mi corazon es suyo y lo será hasta el último instante de mi vida!

—Pues bien, Magdalena. Yo veré á ese mozo. Si es como tú lo pintas, veré de hacerle emprender una carrera decorosa; yo te prometo arrancarle á esa vida de escándalo que ahora lleva.

—¡Ah! primo mío, hermano mío, ¡no me engañes!

—Fia en mí.—Ademas yo haré ver la razon á mi tia. Resistirá, jurará, en fin, hará cuanto le plazca; pero acabará por ceder.—Fia en mí, prima.

No quiso oír mas Antonio. Resuelto á merecer aquel amor tan fino, enderezó sus pasos hacia la taberna, en donde su padre le esperaba, con firme propósito de renunciar desde aquel momento á los estravíos á que su desesperacion le habia arrastrado. Al llegar á la puerta se detuvo un instante para meditar lo que iba á decir á su padre y á los demas compañeros para esPLICARLES aquella mudanza, pues estaba decidido á no decir nada que se rozase con Magdalena, á quien amaba y respetaba mas que nunca, y cuyo nombre hubiera creído profanar pronunciándolo en aquella sentina. Resolvió, al fin entrar y anunciarles simplemente su resolucion sin explicar los motivos, tanto mas, cuanto que su razon le decia que aquellos hombres no podian comprender los sentimientos de un hombre honrado.

Cuando entró Antonio, todas las miradas se fijaron en él.

—¿Qué traes, le dijo su padre; ¿cayó el capitancillo?

—No, señor.

—¿Cómo! ¿Y vienes con aire tan satisfecho?

—Le habré convencido la muchacha, observó uno de los bebedores.

—Yo os diré lo que hay, dijo uno de aquellos hombres, que odiaba instintivamente á Antonio, porque conocía que el vicio no era su elemento. Yo os diré lo que hay; este chico habrá atacado al capitán, el cual, como es un mozo muy listo de manos, le habrá dado una buena tunda, y en seguida le habrá convencido por medio de algunos duros, que lo mejor que puede hacer es venir á emborracharse con nosotros.

—¡Mientes! le gritó Antonio trémulo de cólera.

—¿Has dicho que miento? exclamó el otro haciendo ademán de arrojarle sobre él; pero calmándose de pronto, añadió con una horrible sonrisa:

—Me es igual:—Ni tú ni esa mugerzuela valeis la pena de que un hombre se incomode.

—Si la vuelves á nombrar, gritó Antonio, sin quitarte el sombrero, no lo olvidarás en mucho tiempo.

—Y me amenaza el mocoso, ahulló el otro, mientras que sacando una descomunal navaja se arrojó al inerte joven con la ferocidad del tigre.

—Nadie se mueva, gritó el padre de Antonio; veamos qué tal sostiene este chico la reputación de su padre.

Todos permanecieron en sus bancos, atisvando con feroz y repugnante curiosidad los menores accidentes de aquel sangriento combate.

Antonio esperó á pie firme á su contrario. El bandido, ébrio como estaba, le dirigió con mano mal segura dos ó tres golpes que el otro paró con facilidad, y aprovechándose de un descuido suyo le cogió por medio del cuerpo y le arrojó á seis pasos contra el suelo.

—Bravo, bravo por el chico, gritaron los enronquecidos espectadores, alegrándose del fin de la lucha; pero se engañaban. El vencido asesino se levantó del suelo y vino hacia Antonio, tendiéndole la mano con amistoso ademán al parecer; pero cuando éste le tendía la suya, se arrojó el otro sobre él, y le tiró una furiosa cuchillada.—Apenas pudo el joven parar con la mano el golpe que venía dirigido al pecho, no sin recibir en el antebrazo una profunda herida.—Entonces, ciego de cólera, se tiró al cobarde, y con la velocidad del relámpago le arrebató su arma, causándole con ella cuatro ó cinco heridas mortales. Cayó el bandido sin dar un ay siquiera arrojando á mares la sangre, mientras que los otros, y el padre de Antonio el primero, trataron de ponerse en salvo corriendo á toda carrera.

A los gritos del tabernero y su familia, no tardó en acudir allí una ronda, que se apoderó del homicida, el cual con el sangriento puñal aun en la mano, contemplaba con mudo estupor el cuerpo ya inanimado de su cobarde enemigo.

III.

Practicadas las primeras diligencias por la autoridad local fué conducido el reo á Sevilla, á cuya ciudad le siguió su desolada madre.—Pero veamos qué fué de Magdalena.

Al despedirse de su primo aquella noche fatal, había quedado llena de esperanzas. No se le ocultaba que sería muy difícil convencer á su madre, cuyas arraigadas preocupaciones conocía; pero tenía gran confianza en la elocuencia de su primo, y mas que todo en el peso que tenían sus opiniones para con su madre. Juzguese, pues, cual sería su desesperación al siguiente día, cuando supo de boca del capitán el sangriento suceso de la noche anterior. Imposibilitada de hacer por sí misma nada en favor del desgraciado Antonio, se arrojó á los pies del capitán, y anegada en llanto, le pidió que hiciera cuanto le fuese posible por salvarlo. Prometiéndole el sensible joven, y salió efectivamente decidido á no dejar nada por hacer, ya que no para salvarlo absolutamente, porque esto era imposible, al menos para salvar su vida. Vió al juez de primera instancia, del cual no pudo obtener la menor esperanza;

pero no desmayó por esto, y se fué en derecho á casa de su comandante, el cual por su posición era una persona de suma influencia en el pueblo. Este caballero, que era un oficial tan sensible como honrado, se interesó sobremanera con las palabras del capitán en la suerte del infeliz mancebo, y sin perder tiempo salió en busca del juez á quien lo recomendó con la mayor eficacia.—Pero aquel magistrado que ya había recibido las declaraciones de los testigos del lance, le contestó que él por sí no podía hacer nada en su favor, atendido el tenor de las declaraciones que unánimemente concordaban en que el muchacho había sido el agresor. Mejor informado el comandante, le dijo que lejos de ser aquella la verdad, el muchacho había sido atacado alevosamente, y que el arma con que había muerto á su enemigo, era la misma que en manos de éste había puesto su vida en peligro.—A esto le contestó el juez haciéndole leer las declaraciones de los testigos, ante cuya lectura enmudeció el comandante, imposibilitado, si no convencido.

Fácil es explicar á nuestros lectores, cómo aparecía como verdad la calumnia mas perversa. El malvado padre de Antonio y sus no menos perversos compañeros habían sido los únicos testigos de aquella lamentable escena, porque el tabernero no entraba en aquella pieza sino cuando pedían sus parroquianos mas vino. Ahora bien, hemos dicho ya que aquel hombre desalmado tenía un odio inveterado á su pobre muger; y vió en aquel lance la ocasión mas oportuna de dar un golpe mortal á su víctima. Así, pues, convino con sus compañeros, en que todos declararían que Antonio había atacado á su contrario, estando este ébrio y sin armas, con lo cual no dejaría el matador de ser condenado á muerte.

Imposible parecerá que pueda haber monstruos semejantes bajo figura humana, y realmente, por fortuna de la humanidad, son muy raros; pero los hay, y el padre de Antonio era uno de ellos.

Todo lo que pudo lograr el coronel fué que el reo sería trasladado á Sevilla, pues ya que no pudiese salvarlo, quería al menos ahorrar á la infeliz doncella el supremo dolor de verlo condenado á muerte ante sus propios ojos, por decirlo así. Por esta razón, como dijimos antes, fué trasladado el reo á Sevilla, luego que se practicaron las primeras diligencias. Renunciamos á pintar la desesperación de Magdalena, cuando ya su primo no pudo ocultarle que, según todas las probabilidades sería condenado á muerte el infortunado Antonio. Empero una vislumbre de esperanza sostenía la vacilante llama de su vida; pero cuando trascurridos todos los trámites de la causa, llegó en fin á su noticia que el tribunal lo había condenado á muerte; no pudo resistir á aquel golpe, y al cabo de breves días, pasados entre amargas lágrimas y terribles convulsiones, fué á buscar aquella alma amante en el seno de su criador el reposo y dicha que le habían sido negados sobre la tierra.

Hemos dicho que la madre de Antonio siguió á su hijo á Sevilla. Sacando fuerzas de su mismo dolor, no descansaba un instante. De casa en casa y bañado el rostro en amargo llanto, arrastrábase á los pies de los magistrados pidiéndoles con ese grito inexpressable del amor materno la vida de su hijo. No desmayó cuando lo condenaron á muerte; apeló de la sentencia al tribunal superior, y tanto pudieron en fin sus lágrimas y ruegos, que le fué conmutada la pena capital en diez años de presidio en uno de los de Ultramar.

Partió Antonio para su destino, y su desventurada madre volvió á habitar aquel frío y desierto hogar, testigo de tan pocas satisfacciones y de tan numerosas y crueles amarguras. Allí vivió algunos meses alimentándose de lágrimas y dolores hasta que recibió la primera carta de su hijo, en la cual le participaba que su vida en aquel país no era tan dura como él mismo había creído al

principio; que sus gefes lo trataban bien, y que estaba dispensado de los duros trabajos y vergonzosas cadenas de los condenados, viviendo como un criado cualquiera con uno de aquellos oficiales. Entonces tuvo algun consuelo la pobre muger, y se esforzó en soportar su vida con la esperanza de volver á estrechar contra su corazón á aquel hijo tan infeliz como querido. Empero aun no se había colmado para ella la amarga copa de la adversidad; su perverso marido vivió algun tiempo, entregado á la holgazaneria y embriaguez; pero al fin de una aguda dolencia que le postró en cama durante algunos dias, tuvo un lucido intervalo de razon, recobrando la voz de la conciencia su poderoso imperio en su corazón. Entonces recordó con espanto todos los crímenes de su pasada vida, sobre los cuales dominaba la negra calumnia urdida por él mismo contra su hijo, y por la cual yacía encadenado en playas desconocidas y tan remotas de su patria. Al embate de aquel torcedor agudo y continuo no pudo resistir su cabeza debilitada por los excesos de su larga intemperancia y los estragos de la reciente enfermedad; y cuando, recobrada la salud del cuerpo, se levantó de su pobre lecho, no era más que la sombra de un ser humano: el infeliz había perdido la razon!

Apenas llegó esto á noticia de la buena Brígida, fué en busca del misero demente, y consagró las fuerzas todas de su corazón al alivio y consuelo de aquel, de quien habían emanado todas las desventuras de su vida. ¡Mártir de la suerte nacida en mal hora á este mundo para sufrir horriblemente con las penas de los mismos que la atormentaban!

El único amigo que en su desventura le quedaba era el anciano cura de su parroquia, piadoso é ilustrado sacerdote, que con sus palabras llenas de suavísima unción y cristiana caridad, la consolaba, y con sus limosnas continuas la sostenía; que la pobre muger en quien los dolores habían producido una vejez prematura podía apenas atender á sus ocupaciones domésticas, y habría muerto de miseria sin la incansable caridad del excelente pastor.

Así trascurrieron uno tras otro los diez larguísimos años de la condena de Antonio. Próxima esta á su espiración, había escrito el presidiario á su madre anunciándole su vuelta para aquella primavera.—Modelo de actividad y buena conducta había conseguido reunir con su trabajo una decente suma de dinero, con cuyo auxilio prometía á su anciana madre una descansada vejez; pero el cielo había dispuesto otra cosa.—Al fin de aquel invierno fué acometida la buena muger de una pulmonía fulminante que en breves dias la arrastró al sepulcro. Espiró en los brazos del buen párroco, recomendando á su caridad al infeliz demente que con su muerte quedaba abandonado sobre la tierra, y dejándole sus últimos abrazos y bendiciones para aquel hijo por quien tanto había llorado y padecido.

IV.

(Conclusion).

Era una noche serena de primavera.—Las auras vespertinas jugueteando entre los verdes naranjos y limoneros que sombrean las deleitosas riberas del padre Guadalquivir, desparcían á lo lejos el suavísimo perfume de los azahares; bajo la tupida copa de los altos álamos y robustas encinas, resonaba el dulce quejido con que se convidan al reposo de la noche las pintadas ave-cillas; y el céfiro revoloteando entre las hojas, moviase susurro indefinible que trae á los hombres amantes de la naturaleza el descanso de las fatigas y el olvido de los males de la vida. Cuando á deshora prenetró en el cementerio del lugar, un hombre como de hasta treinta años, y en cuyo moreno rostro había fuertemente

estampado su candente sello el sol abrasador de los trópicos.—Era Antonio, que había querido, antes de abrazar á su madre, venir á pagar un tributo de lágrimas sobre la tumba de la única muger que había amado. A la argentada luz de la luna que lanzaba sus rayos sobre la tierra desde un cielo sereno y sin nubes, buscaba el peregrino el sepulcro de su adorada, cuando de pronto se presenta á su vista un anciano andrajoso y descarnado, cuya barba mas blanca que la nieve, bajaba en enmarañadas trenzas hasta su cintura.

—¿Qué buscas aquí? preguntó con ronca voz.

—Busco el sepulcro de un ángel que se llamó en la vida Magdalena.

—¡Magdalena!.... ¡Magdalena! repitió entre dientes el misterioso interlocutor....

—Magdalena, si; este era su nombre; continuó Antonio.

—¡Aguarda, aguarda!... Si, recuerdo que hubo una muger así llamada.—Era muy hermosa!... un ángel, si; dijiste bien: un ángel como Brígida!... Pero los ángeles no son de este mundo, y solo están en él de pasada... Luego se van... se van... se van... y aquel hombre prorumpió en una horrible carcajada.

—¿Pero quién sois vos? preguntó Antonio lleno de indefinible horror...

—¿Yo? no me acuerdo... Y continuó cantando con des- templado y doloroso acento.—¡Se van... los ángeles se van... los ángeles se van!... se van... se van!...

Antonio se sentía desfallecer y buscó un apoyo en una de las tumbas inmediatas.—Vió un letrero medio borrado y leyó: «Aquí yace Magdalena».

—¡Oh Dios! exclamó; esta es su tumba!

—¡Y esta la de Brígida! gritó su compañero.—Mira! Lanzóse hacia aquella el desventurado jóven, y al través de sus lágrimas, leyó: «Aquí yace Brígida. ¡Fué el modelo de las madres y de las esposas!»

—¡Oh madre mia! ¡y no pude recibir tu postrer abrazo!—Yo que venia á consagrar el resto de mi vida á hacerte olvidar las locuras de mis tempranos dias.—¡Y la suerte enemiga, hasta el consuelo me ha negado de cerrar yo tus ojos!—Y como asaltado de repentina idea: —¡Señor! Señor! exclamó; ¡bien ves que mi vida es inútil sobre la tierra! ¡Recíbeme en tu seno y perdóname! Y sacando una pistola, la amartilló y la apoyó contra una de sus sienes; pero en aquel momento una violenta sacudida le arrebató el arma fatal, y una voz alta é imperiosa dijo estas palabras:

—¿Quién es el impío que osa rebelarse contra su Dios? ¡De rodillas, insensato mortal!

Arrodillóse maquinalmente el jóven, y cuando se atrevió á levantar la vista del suelo, vió delante de sí un anciano venerable que lo contemplaba enternecido.

Era el buen párroco, que viniendo segun costumbre á llevarse al infeliz demente, había oído el diálogo anterior y reconocido á Antonio.

—Padre mio, exclamó éste reconociéndole; bien veis que soy muy desgraciado.

—Sí, hijo mio, contestó bañado en lágrimas el sensible anciano; bien lo veo, y mucho te lo envidio, porque en los dolores que les envía; señala el Señor á sus escogidos. Pero ven y oremos sobre estas tumbas. Despues nos hablaremos y nos consolaremos mutuamente.

Cuando concluyó la oración se sintió Antonio mucho menos desgraciado. Levantáronse los dos hombres, y poniendo en medio al anciano demente, se dirigieron con lentos pasos á la morada del santo sacerdote.

Algunos años despues de este suceso, muertos ya el loco y el piadoso cura, una noche de primavera, sentado en una de las humildes tumbas de aquel cementerio, oí de boca del mismo presidiario esta triste historia.

HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

UN AÑO EN MADRID.

SETIEMBRE.

En vano quieren las flores sustraerse á los rigores del sol plegando sus pétalos y encerrándolos en el cáliz, para sufrir la incubación de la crisalida y gozar después como la mariposa, la benigna temperatura del otoño. La lucha que han sostenido las plantas con los ardores del verano han sido estériles; sus fuerzasse han gastado inútilmente, y los vientos abrasadores que las robaron sus perfumes, no quieren esparcirlos en el aura suave de la mas apacible de las estaciones. La tierra ha derramado hasta la última gota de su sangre por defender las galas de la ribera; la savia se ha evaporado lentamente, y desaparece en el momento de retirarse el enemigo. Una gota mas de ese bálsamo de la vida vegetal, y las flores refrendarían su existencia hasta los últimos días de octubre. Pero los jugos nutritivos dejaron de circular por el tallo de las plantas, y las hojas caen marchitas sin poder alimentar mas tiempo la insaciable sed del sol de agosto.

La vegetación ha sostenido un sitio de dos meses, y sucumbe por fin á la vista del refuerzo que haría levantar el campo á los sitiadores. La suave temperatura del otoño, fiel trasunto de la primavera, no se ha presentado á tiempo de rejuvenecer los campos, evitando el eucanecimiento de los arbustos y la muerte de las flores. Su blando aliento pretende en vano galvanizar los cadáveres de la vegetación; tendidos sobre la seca arena los hallará el impávido mensajero del invierno, y los vientos del mes de noviembre, esparcirán por el aire sus amarillos restos, hasta volverlos al polvo de donde brotaron. Diciembre sonríe á corta distancia y se complace de que el mismo sol que hizo brotar las flores las haya asesinado con sus propios rayos. Ese parricidio le aborrea el trabajo de helar las plantas y se goza al considerar que podrá herir al hombre á cuerpo descubierto sin que haya arboledas que neutralicen sus traidores designios.

Tal es el cuadro que ofrece la vegetación al nuncio del otoño.

El mes de setiembre no se atreve á fecundar de nuevo la tierra, porque teme los rigores de sus hermanos, y sabe que las semillas que abrieran su seno, confiadas en el benéfico aliento del otoño, verían morir en flor, sus esperanzas. La nueva primavera vegetal sería inhumanamente sacrificada por el invierno, cuya fría dictadura no consiente una sombra siquiera de calor en la atmósfera. Esas consideraciones le obligan á no producir nada nuevo y se limita á reanimar los restos de aquella generación lozana que nació en el mes de abril y se nutrió con las aguas de mayo. Las pocas flores que libraron la vida en la derrota, prolongan sus días y exhalan por fin el último aliento en las auras del otoño.

No hay, pues, que buscar ni los encantos de la pradera, ni los aromas de los jardines; las damas de la vegetación se alucinaron con la hermosura del sol, y su coquetería les hace caer en tierra abrasadas, como la mariposa que se sacrifica en la llama fascinada por sus resplandores. Los animales, que en su mayor parte han

podido sustraerse á los rigores del verano, son los únicos seres de la creación que gozan las bondades del otoño; las auras de setiembre que no hallan una flor que las embalsame, recogen en cambio la alegre despedida de las aves, que se retiran á esperar en sus nidos la creación del año siguiente ó á emigrar á otros países en busca de la hospitalidad que les niega el clima del Mediodía.

El hombre se prepara en esa atmósfera de transición á resistir los frios del invierno, y siente que no sea eterno ese paraíso, en cuya temperatura no le ocurre pedir ni un grado mas de calor ni uno menos de frío. Ni el sol le abrasa ni la sombra le hiela; los miembros no están entumecidos por el frío ni debilitados por el calor, y goza un bienestar material, contra el que nada pueden los temores del porvenir. Setiembre y octubre le devuelven las fuerzas perdidas y le robustecen para la lucha que ha de sostener con noviembre diciembre y enero.

En Madrid, especialmente, los mejores monarcas del año son los meses que llevan las riendas del tiempo, en la estación del otoño. Su gobierno es una especie de justo medio, entre la exaltación del verano, y el espíritu reaccionario y retrógrado del invierno; y es de transición porque no se ha consultado nunca el sufragio universal; en cuyo caso sería eterno.

Un grito muy conocido en la capital de España y del cual haremos mención, aunque algunos lo tachen de vulgaridad, es el mensajero de esa deliciosa estación. Cuando en los últimos días de agosto y primeros de setiembre, se oyen pregonar por las calles *las avellanas nuevas*, no hay quien no sienta un estremecimiento de frío y dé por terminado el verano. Disminúyese inmediatamente el consumo de la nieve, las horchaterías se cierran, los cafés se llenan de gente inamovible que acude á buscar la deliciosa bebida de los pueblos orientales, y si algun día el sol toma por su cuenta la temperatura, todos se rien del impotente despecho del verano y á nadie le ocurre sudar como en los meses anteriores.

Los que salieron de la corte á buscar un clima mas fresco en otros países, se apresuran á dar la vuelta, y olvidados de la justicia con que huyeron se avergüenzan al entrar de haber salido. Pero los que se quedaron á defender la plaza, reciben á sus hermanos con los brazos abiertos, y un olvido completo de lo pasado, hace que unos y otros disfruten por igual los beneficios de la amnistía de setiembre. Todos se confunden en el salón del Prado, cuya concurrencia crece dia por dia, hasta volver á ser tan numerosa como en los meses de abril y mayo. Tornan las entrevistas amorosas, olvidanse los celos, témplase el rigor de las madres, crece el entusiasmo de las hijas, renace la galantería en los caballeros, y se incluyen en la bancarrota general, las antiguas disensiones y las pasadas rencillas. Como la constancia no es la virtud que mas distingue ni á ellas ni á ellos, el no haberse guardado fidelidad reciproca durante la ausencia, hace que ahora se amen con mas fervor que nunca, y que tengan por nueva la pasión que ya les iba cansando de puro anciana. Las conquistas amorosas que han hecho los hombres en los baños, no tienen consecuencias de ningún género; se encuen-

ran en el Prado de Madrid con la muger á quien juraron un amor eterno en la playa de San Sebastián, y ella se sonríe y les saluda, y ellos la saludan y se sonríen. Fueros amores de temporada, y los juramentos no tienen fuerza alguna lejos del sitio en que se hicieron; la eternidad se entendía mientras durase la estancia de los baños, y lo mas que ocurre, es dejarlos en suspenso hasta el año siguiente. Ha parecido el inquilino en propiedad, y el corazón abandona los huéspedes que tuvo en el viaje.

Pero el paseo del mes de setiembre no se prolonga hasta las once de la noche como en los meses anteriores; á las ocho ya está el Prado desierto, y las tertulias que disolvieron el verano, tratan de reorganizarse para el próximo invierno. Esta operación es todo un simulacro de las batallas electorales en los gobiernos representativos. Las tertulias del mes de setiembre son trabajos preparatorios para las asambleas del invierno. Los tertulianos se dividen como los hombres políticos en electores y elegibles; pero todos andan confusos y revueltos en las elecciones hasta los primeros días de noviembre, en que las tertulias quedan definitivamente constituidas. Para ser elector se necesita ser soltero, ó viudo, ó casado sin hijos; las cualidades del hombre elegible son de alguna mas entidad y es preciso que además de ser casado, tenga hijas jóvenes y sala á propósito para las sesiones nocturnas de los electores. Hara juramento de no asistir nunca al teatro, ni de faltar de su casa una sola noche, á menos que no avise con anticipación á las personas que le favorecen diariamente. No se le permitirá tener mal humor, ni estar triste á las horas de la tertulia, y se le prohíbe adelantar los relojes de su casa para que los tertulianos se marchen antes de la hora ordinaria. En fin, el resultado de esas juntas preparatorias, es lo que las distingue de las elecciones políticas. Cuando se trata de ejercer el derecho electoral entre los ciudadanos, la víctima es el elector, y el verdugo el elegido; pero en la elección de los tertulianos es á la inversa; el que elige una casa donde pasar las noches del invierno es el verdugo, y la víctima es la persona elegida para dejarse favorecer con la visita diaria de sus amigos y de cuantas personas se dignen estos presentarle. Mas adelante, cuando el frío despeje las calles y nos obligue á buscar la sombra de la luna entre cuatro paredes, inspeccionaremos esas tertulias. Hoy no solo podemos, sino que debemos andar al aire libre, para disfrutar las excelencias de la deliciosa temperatura del otoño, y no pensamos pasar un solo momento en nuestras casas.

El día 8 del presente mes, pasamos la tarde en la ermita de Nuestra Señora del Puerto, situada á la orilla izquierda del Manzanares, cerca del puente de Segovia. Los asturianos residentes en Madrid nos han llevado allí al son de sus gaitas y tamboriles, para que los veamos bailar la *danza prima*, al pie de aquella frondosa arboleda, y entre los puestos de escabeche y fruta con que se regalan las marusas que acuden á tomar parte en la broma. Es de rigor que esta romería se disuelva á garrotazos porque el vino hace iguales efectos en los hijos de Pravia que en los de Piloña, y resulta una aplicación de la ley física que dice: «fluidos semejantes se repelen y desemejantes se atraen.» A los gritos de viva Pravia, enarbolan los garrotes, los que piden que viva Piloña, y escapan algunos que duermen en la cárcel, todos se retiran á sus dormitorios, á reponer las fuerzas, para continuar al día siguiente la noble misión de surtir de agua las casas del vecindario.

Después de esa fiesta no ocurre ninguna otra notable; ni fuera fácil que semejante cosa sucediera, porque un acontecimiento extraordinario, célebre y único en su clase, absorbe los ánimos de los madrileños el resto del mes, llevando sus consecuencias hasta los primeros días de octubre. Los lectores saben ya el suceso

á que aludimos, y nuestros amigos, que desde que empezamos á escribir estos artículos, nos han envidiado la honra de bosquejar el presente, no se asombrarán de lo que les vamos á decir. Vamos á hablar de las *ferias de Madrid*, y al efecto pedimos al lector un voto de confianza, para cortar la pluma, renovar la sangre del tintero, dar grasilla al papel, mullir el almohadon de la silla, pasarnos la mano por la frente, para disipar las nieblas del entendimiento, y quemar un tabaco imperial digno del cronista de tan grandes acontecimientos.

Que en la villa de Valladolid, á 18 de abril de 1447, espidió el rey don Juan II un privilegio, haciendo merced á Madrid de dos ferias francas en los días de San Mateo y San Miguel, cosa es que saben de memoria todos, y no hay por qué decirla. Que esa concesión fué en recompensa de haber quitado á los madrileños las villas de Griñón y Cubas, para dárselas á un criado de palacio, como noticia digna de saberse no hay por qué callarla. Y últimamente, que por alcanzarse esas ferias la una á la otra, se usa la voz en plural y no en singular, como es costumbre, ni está bien el decirlo ni el callarlo, y lo dejamos por lo mismo á elección de los lectores, al que le estorbe lo borra y al que no le importe lo deja y sigue adelante. Eso mismo hacemos nosotros. Pero catense vds. que el señor corregidor ha madrugado algo mas, y ya ha remendado las esquinas de las calles con bandos al efecto.

Dice en ellos *pro fórmula*, lo que era tan bueno para dicho como para escusado, y es que las ferias empiezan el día 21 de setiembre; y añade que se celebra en la calle de Alcalá el mercado de los trastos nuevos, y en todas las de Madrid el de los viejos. Esta disposición es de importancia, porque algunos años han ido á parar al paseo de Recoletos, á la Plaza mayor y hasta á la plazuela de la Cebada. Pero eso se entiende con las novedades del día, por que los muebles viejos han tenido siempre libertad para tomar el sol donde mas les ha convenido; hasta este año de 1849, en que se ha señalado un número de plazas para la colocación de las antigüallas, respetando los derechos de la calle de Alcalá, que la prensa periódica ha defendido con el mayor empeño. La academia de Nobles Artes, aprovecha la concurrencia de los forasteros, para abrir durante las ferias una exposición pública de pinturas, donde se ven los adelantos de los jóvenes que se dedican á tan honrosa profesión. Y á la puerta de los almacenes de quincalla y juguetes de niños, se ven unos enormes cajones que dicen á los padres de familia.—«Yo acabo de llegar de París, cargado de chucherías para que feríes á tus hijos.» Esto no siempre es verdad; porque aunque los objetos extranjeros que allí se venden, alguna vez han de haber venido, hay algunos que llevan en Madrid los años necesarios para que se les dé carta de naturaleza española.

Pero no nos entrometamos en la conciencia de los mercaderes; cuando la nuestra, que comerciantes de letras somos, nos grita para que sigamos adelante. Hemos gastado mucho tiempo en el preámbulo de esta revista, y quizás nos diga el lector que en *setiembre calabazas*. Y si tal cosa nos dice será por exceso de bondad ó por temor de que le preguntemos qué razón tiene el pueblo de Madrid para vincular esa fruta en ese mes, en un refrán tan de todos sabido, como por nadie explicado. Nosotros por si acaso, huremos la ocasión de llevarlas, poniéndonos de un salto en la calle de Alcalá, en los primeros días de las ferias. Afortunadamente es Domingo el día que hemos elegido para ese paseo, y no nos queda nada que desear.

Desde las ocho á las diez de la mañana, el vendedor que limpia los juguetes de su tienda ambulante, se santigua con la peseta que le da una vieja por el caballo

de carton que compró á su nieto, á quien llevó á la feria despues de misa; en el puesto de enfrente compra unas ligas bordadas para su novia, un lugareño que trajo á la corte el dinero de ese obsequio y el de medio celemin de nueces, en una carga de patatas; la criada de servicio lleva media libra de carne menos que de ordinario en la cesta de las provisiones, y compra una trompetilla de hoja de lata, para cada uno de sus señoritos; con ese obsequio la madre de los niños no la negará el permiso para salir con el novio aquella tarde. Desde las diez hasta la una, los forasteros se cansan de dar vueltas por entre los cajones donde se venden los muñecos, compran melocotones y avellanas, y se atreven á hacer con sus *fraques* lo que no habian hecho en los 15 años, poco mas ó menos, que cuentan de vida aquellas prendas, á sudarlos y perderlos el respeto comiendo fruta sin quitárselos del cuerpo. Mastarde invaden la calle las gentes de la clase media, que antes de los tres vuelven á sus casas cargadas de melocotones y de acerolas, para dejar el campo libre á los aristócratas, y á los que por parecer tales hacen de tripas corazon con grave perjuicio del estómago. Esa gente va allí todos los días que dura la feria desde las tres á las cinco de la tarde, y forma su estrado al extremo de la calle, donde ya no hay mas figuras de venta que ellos mismos, que como en todas partes se venden reciprocamente á plazo y á descubierto, sin mas garantía que un saludo.

Las sillas del Prado que ya conocen sus mañas, pónense allí á su disposición, bajo palabra de no decir una de las muchas que oyen, y si los que están sentados murmuran del que les saludó al pasar, este hace lo propio antes y despues de haberles saludado. Pero como la murmuración es uno de los primeros oficios que el hombre declaró noble al constituirse en sociedad, no hay por qué extrañarnos de que se ejerza en tiempo de ferias como en las demás estaciones del año. Y aun quizás no haríamos mal en decir, que no es en esa época en la que mas trabaja la lengua de la critica, porque como hace algun tiempo que las gentes del paseo no se han visto, se parecen menos ridiculos los unos á los otros. Tienen por otra parte necesidad de estrechar los vinculos para pasar mejor las noches del invierno, y la adulación roba algun tiempo á la cristiana tarea de *cortar vestidos* al prójimo. El paseo de la temporada de las ferias es por esas razones el mejor que tiene Madrid. La bondad del clima, permite que á mitad del día y bajo el cielo mas hermoso del año, brillen los ojos negros, y perdonennos las rubias, de las beldades de la corte. Las importunas manteletas, no vienen á redimir nuestros corazones del dulce cautiverio de un talle, cuya posesion nos haria envidiables á los ojos del universo entero; y graciosas esbeltas lucen las hermosas todos los encantos que las dió el cielo.

Antes de concluirse el paseo de la elegancia, la calle de Alcalá está intransitable. Gente de todas especies la invade hasta las ocho de la noche; desde cuya hora, hasta las diez, hay otra sociedad diaria, presidida por aquellas familias que en el verano forman tertulias en el salon del Prado; y al reclamo acuden muchos militares, y otros jóvenes que no están de servicio á aquellas horas en la oficina.

En ese mismo día, como en todos los demás desde el 21 de setiembre al 4 de octubre inclusive, entra y sale la gente desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde en los salones de la Academia, á ver la exposición de pinturas; pero esto no solo merece párrafo aparte, sino visita especial que haremos en el artículo del próximo octubre. Ni ese asunto puede tratarse con ligereza ni estaria bien hacer esperar por mas tiempo al mu eblage de nuestros antepasados, que espuesto á la intemperie en las calles y plazuelas aguarda nuestra visita. Daremos un paseo por Madrid, siquiera tengamos

la incomodidad de andar por en medio de las calles para dejar libre la acera á los prenderos.

La primera dificultad con que tropezamos al salir de casa no debe arredrarnos. El zapatero del portal nos enseñará la brecha practicable de la muralla de trastos viejos, que defiende la entrada de la casa. Sin que nosotros le comuniquemos nuestra estrañeza, él la adivina y nos dice:

—Señorito, los probes hemos de hacer á todo... Me ocurrió sacar un tablado de cama y un fregadero, que no me servían para nada en casa, con ánimo de ver si los vendía en estas ferias, y sin saber como, he reunido aqui una prenderia. Todos los vecinos me han dado muebles para que los tenga de venta, y me dan el ochavo de cada real que les entregue luego. La señora del piso principal, me ha dado ese costurero antiguo; pero que está nuevo aun, porque su madre (que esté en gloria) lo usó poco tiempo y ella no se ha atrevido á tocarlo despues. Ya se ve como que tiene una muger para que recosa todo lo que se ofrece en la casa! Pues el abogado de enfrente, me ha dado una mesa de nogal macizo que tiene ya muchos golosos; pero la ha puesto un precio muy subido. Toma!... es lo que él dice, como no le hace falta para comer!... La vende únicamente porque como desde que llegó á empleado, no despacha pleitos ni escribe en su casa nunca... para qué la quiere!... Tambien tengo muchos libros suyos; pero los que están en esa espuerta, me los ha traído á vender sin que lo sepa su padre, un estudiante de medicina que vive en la casa de la derecha. Y si viera vd. que ganas se me pasan de leer uno que dice *Roche* y *Sanson*, porque yo no sé quien fué ese Roche; pero tendria tanta fuerza como su compañero.

—Y porque no lo lee vd, le preguntamos al pobre zapatero, que creia hallar las proezas de Sanson en un libro elemental de *patologia*.

—Porque temo abrir las hojas, y si luego no se vende la obra!

—Pues qué están sin partir!

—Si son todos nuevecitos... ¡Oh! es un joven muy listo el estudiante, y con media vez que los haya visto por el forro le sobra para saber mas que los libros.

Reimonos del improvisado prendero, y derribando al salir una silla, que no esperaba otra cosa para disolverse completamente, nos lanzamos á la calle, deteniendonos á examinar las barricadas que habia en ella.

A la puerta de una prenderia, cuyos muebles habian salido hasta el arroyo á recibir á los parroquianos, vimos un desvencijado fregadero de cocina, destinado á sostener un armario de tiempo de Carlos II, cubierto de preciosos embutidos; y en el que un *artista* moderno, habia puesto el visto bueno con una cerradura que cubria la cuarta parte del armario; mas alla una mesa de nogal que tendria 100 años de existencia, avergonzaba con su robustez á otra prójima, concluida de construir dos dias antes, y llena ya de grietas y quebraduras que le habian costado diferentes chasquidos. Una cama de matrimonio, que á los 15 años de viuda, se habia resuelto á vender una señora de 60; un espadín de cazoleta que habia conservado por espacio de 12 años el ex-portero mayor de la sala de alcaldes de casa y corte; y multitud de objetos diversos, se hallaban estendidos delante de la prenderia. Sus dueños, á quienes la extrema necesidad les habia hecho malvender aquellas antigallas, se contentaban con pasar todos los dias á verlas, y tenian un placer al encontrarlas aun en poder del prendero.

Los libros y los cuadros suelen andar revueltos con las demás mercancías en tiempo de ferias; pero tienen ademas sus puntos de venta especiales, particularmente los primeros. En estos sitios, no faltan nunca eruditos que salen á la calle esos dias, á buscar nuevas in-

digestiones literarias, y pasan todo el día, leyendo títulos, y hojeando mamotrelos, para ver si encuentran la edición tercera ó cuarta de una obra de la que ya suelen tener 15 ejemplares distintos. Y vuelven á su casa locos de alegría si hallan una edición de un libro, que aunque sea de la misma fecha y del mismo punto que otra que tienen ya, lleve en la portada el nombre del impresor, ó las señas de la casa donde se vendía, ó cosas de menos importancia. Entre esos bibliomanos, se quieren confundir otros pedantes de quienes al momento se sabe, que lo que buscan en aquel puesto de libros es aprender de memoria una docena de títulos, para encajarlos cuando venga al caso, y cuando no venga también.

Además de esos libros, colocados en estantes de pino, ó sobre tablados de cama, hay otros muchos que por su tamaño ó por su escaso mérito, se venden chicos con grandes, á peseta, á media peseta y á real. Estos reposan sobre el suelo, hacinados como los melones, y como estos, se dan á cala. Todo el mundo es dueño de acudir al reclamo del mozo que dice: —Ya van á dos reales los de á peseta!.... á dos reales libros! A nadie se le impide llegar al monton y pasar el día cogiendo y soltando libros, dejándolos por fin todos donde están si ninguno de ellos le acomoda. De este género barato compran hasta los que no saben leer, pero que han oído decir que el mejor amigo es un libro, y no quieren perder la ocasión de comprar por un real lo que Diógenes anduvo buscando con un candil sin poderlo hallar. Además, y esto se lo oímos decir á un lugareño

que compraba un día dos libras y media de libros viejos, «puede uno tener alojado en su casa y conviene darle libros para que se entretenga y no pase el tiempo requiebrando á las mugeres. (Una voz al paño). ¡Cuántas personas suprimirían las librerías sino recibiesen visitas que notasen la falta de ese adorno en el gabinete!

En cuanto á los cuadros que se venden en tiempo de ferias la mayor parte son retratos de personas muy conocidas... de sus respectivas familias, y que únicamente por la fecha de los trages que visten pueden ser dignos de atención. Los inteligentes admiran, en algunos de ellos el colorido de tal ó cual pintor célebre, y los que quieren pasar á los ojos del público por personas de pró en la materia, los contemplan á diferentes distancias como suponiendo que buscan el punto de vista y la luz del cuadro, y no conocen que lo que mas prisa les corre de hallar son las luces naturales de su cabeza. Véndense algunos de esos cuadros á personas que necesitan buscar en los retratos de familia, lo que no ha podido darles el dinero, y el que fué en vida, familiar del Santo Oficio, y se llamó don Pedro Retroceso pasa á ser una de las víctimas quemadas por orden del Santo Tribunal y á llamarse don Juan Avance, en la sala de un caballero de industria.

Ultimamente, lector, las ferias duran como dejamos dicho, hasta el 4 de octubre y algo mas; respetemos los derechos de ese mes y no nos introduzcamos en sus dominios. Por hoy se suspende esta discusión, y en las primeras líneas del próximo artículo se continuará la orden del día.

ANTONIO FLORES.



UN PUESTO DE FERIAS.